



susana mohel

secretos
bajo mi piel

secretos
bajo mi piel
susana mohel

© 2016 Susana Mohel

ISBN-13:978-1541273832

ISBN-10:1541273834

Corrección de estilo y edición:

Marianna Craig

Diseño de portada: Sue Hellen
Caballero H.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

He peleado la buena batalla, he
acabado la carrera, he guardado la fe.

2 Timoteo 4:7

Índice

La música tras los secretos de Elle y

Fermin

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sígueme en redes sociales](#)

Para ti, princesa,
porque todos los sueños se hacen
realidad.

*La música tras
los secretos de Elle
y Fermin*

Secrets – One Republic

The Show Must Go On – Queen

Bad Romance – Lady Gaga

Daddy's Little Girl – Michael Bublé

Only You – Elvis Presley

Érase una vez una niña que
soñaba, que creía, que
quería ser, hasta que la vida
le enseñó que sólo existe
algo que se llama realidad.

Que todo el mundo es
egoísta, cruel, y que, para
protegerse, la única salida es
ocultar todos sus anhelos ahí

donde nadie pueda verlos, en
lo profundo del alma, hasta
convertirlos en secretos.

Secretos bajo la piel.

Capítulo 1

¡Boom!

Suena el primer golpe.

¿Qué diablos?

¡Boom!

Aquí va otra vez, freno en seco, obligando al coche de atrás, a pararse también.

Miro por el espejo retrovisor y sólo alcanzo a ver una pequeña cabeza oscura reclinada sobre el volante.

¡Lo que me faltaba!

Encabronado, abro la portezuela de

mi recién estrenada camioneta dispuesto a enfrentar al imbécil que me acaba de chocar.

Estoy listo para dar pelea.

El día que había comenzado como uno realmente malo, acaba de convertirse en una verdadera mierda. Y lo que es peor, todavía no he dado con un plan para salir a flote.

Maldición.

Al llegar a la puerta del viejo Toyota, me encuentro con que el conductor es una mujer, una que, de hecho, parece bastante joven.

El sonido de las risas de un niño pequeño me deja ver que no viene sola. Bueno, al menos para alguien esto ha

sido de lo más entretenido.

Abro la portezuela, con la intención de ver qué tan graves han resultado ser sus heridas, a la velocidad a la que íbamos probablemente no se trate más que de una contusión o algo por el estilo.

Le toco el hombro, mi rabia se ha transformado en preocupación y, a pesar del dolor de cabeza que amenaza con reventarme las sienes, tengo que actuar rápido.

Por fortuna, ella se mueve, levantando su cabeza voltea a verme y me encuentro con los ojos verdes más impresionantes que he visto alguna vez.

—¿Está usted bien? —Atino a

preguntarle.

Mentalmente me doy una bofetada, claramente no se encuentra bien, no estoy del todo seguro de que sea a causa del accidente, pero la chica está en un claro estado de shock.

—Voy a llamar a la ambulancia —le informo al ver la herida sangrante que tiene en la frente.

Ella abre los ojos todavía más, aterrada con el sonido de mis palabras.

—Alguien tiene que atenderte —trato de persuadirla para que acepte.

Con la cabeza, hace una negación casi imperceptible, pero he captado con claridad su mensaje.

Está aterrorizada, ¿de qué? Esa

pregunta salta una y otra vez.

—Necesito irme, irme lejos —la escucho murmurar, mientras frenéticamente mira hacia todos lados —. Mi hija, mi hija.

—Tranquila —le digo tomándola por los hombros, la niña está tranquila, creo que para ella está en medio de un parque de diversiones.

Intenta levantarse, pero, con mis manos todavía sobre sus hombros, la detengo. Me tomo un momento para observarla mejor, es bastante joven, no creo que tenga más de veintitrés, lleva una larga mata de cabello oscuro recogido en un moño suelto, bueno, el intento de este. Lleva puesta una vieja

camiseta que le queda enorme y unos jeans bastante gastados.

Sin embargo, el coche está casi escrupulosamente limpio y la niña se ve bien cuidada. De nuevo, como un anuncio de neón la pregunta titila, ¿de qué huye?

—¿Tienes seguro? —Le pregunto volviendo al aspecto práctico, sus problemas no son los míos, lo importante aquí es resolver el asunto de su herida y que la vida siga, ya me encargaré de hacer que arreglen la defensa de mi camioneta, no es como que voy corto por un par de dólares.

—Necesito irme —repite.

—No puedes conducir en ese estado

—susurro apartando el cabello de su rostro, buscando con mis dedos la herida, que sigue sangrando.

No tardo mucho en encontrarla, es un corte de menos de dos centímetros, que seguramente se hizo al golpearse con el volante. Tomo del bolsillo trasero de mi pantalón el pañuelo de lino que siempre llevo conmigo —y que hoy me siento especialmente agradecido de traer— y, haciendo algo de presión, cubro la herida con ella.

La chica se dobla, creo que en medio del subidón de adrenalina que esto le ha causado, no es consciente del dolor.

—Ok —le digo tras un minuto de silencio—, creo que ya está. ¿Sabes?

Las heridas en la cabeza suelen ser bastante escandalosas, sangran mucho, varios sustos se llevó mi madre conmigo cuando era niño, en ese entonces era bastante inquieto y nunca paraba de hablar.

Sí, aunque usted no lo crea, *en ese entonces* era peor.

Ella aprovecha mi descuido para empujarme y salir del coche, rápido, abre la puerta trasera y revisa a la niña de pies a cabeza, como si no diera crédito a que los dedos de sus pies y manos estuvieran todos en su lugar.

Tiernamente, cubre de besos la carita sonrosada de la criatura, haciéndola reír. Le da algo para beber, y tras haber

hecho eso, saca a la niña de la sillita de seguridad, y del coche, juntas dan unos cuantos pasos. Después de ellos, la niña se rasca los ojos con sus manitas regordetas, ambas parecen agotadas, realmente cansadas.

Mi mente da mil vueltas, mientras las admiro en silencio, son muy parecidas, por no decir que casi idénticas, pero mientras la madre tiene unos penetrantes ojos verdes, los de la niña son azules, casi violetas.

A pesar de su parecido, me resultan diferentes e igual de impresionantes, no, no soy un loco pederasta, vayan quitándose esa idea de la cabeza, me gustan las mujeres crecidas y mayores

de edad.

Algo en ambas me llama a un nivel muy básico.

Se llama desesperación.

La chica se entretiene acomodando de nuevo a su hija y, tras asegurarse que la niña se duerme y, tras besarla amorosamente, sale de nuevo a la carretera, lista para enfrentarme.

Como un acto reflejo, mi estómago se encoje, tal vez en parte es la culpa. Sí, me siento culpable, después de haber tenido una agotadora pelea con mi padre por el asunto de mi colorida forma de ser —sus palabras, no las mías—, y mi eterna soltería, me doy cuenta de que no soy el único con problemas y, que

comparado con los de otros, los míos pueden parecer insignificantes.

Y aquí mismo, a un lado de la carretera, en una situación que podría parecerle absurda a muchos, mi decisión está tomada.

Mi vida la decido yo.

—Tengo que irme —la escucho decir, esta vez parada frente a mí, con las manos en la cintura—. Si me das una dirección puedo enviarte el dinero de la reparación de tu coche, ahora mismo no llevo conmigo una gran cantidad de efectivo, pero le prometo que en cuanto consiga un trabajo yo...

¿Ella busca un trabajo?

¿No tiene dinero?

¡Bingo!

Yo tengo un trabajo para ella, uno para el cual va a resultar perfecta.

Necesita dinero, bueno, ese tampoco va a ser un problema.

Todas las piezas encajan a la perfección, ahora sólo queda poner a andar la maquinaria.

Fermin Carrillo, es momento de que saques todo tu encanto a relucir.

—No necesito tu dinero —finalmente le digo. Su cuerpo parece relajarse, bien, el dinero va a marcar el comienzo, le voy a ofrecer un trato por el cual no va a poder negarse.

Ella me observa en silencio, sabiendo que mis palabras quieren decir

algo más. *Chica lista.*

—Todo el mundo quiere algo, nada es gratis —espeta—. Si no quieres dinero, seguramente vas a querer otra cosa y puedes írtelo quitando de la cabeza, no soy una puta.

De sus intensos ojos verdes saltan rayos y centellas, la gatita tiene coraje, esto se pone cada vez mejor y mejor.

—Sé que no eres una puta —le digo mirándola de arriba abajo, no es muy alta, pero es delgada y parece tener buena figura, es un diamante en bruto y yo, soy un joyero experto.

Años de práctica.

—Y, de hecho —agrego—, estoy contando con eso.

—No tengo tiempo para perder —
suelta levantando las manos—, si no
quiere mi dinero y no hay otra cosa que
yo pueda ofrecerle, nuestra
conversación ha terminado, tengo que
irme.

Dando un par de pasos decididos,
intenta abrir la portezuela del lado del
conductor, inmediatamente la detengo,
tomándola por el brazo. Ella me mira
con los ojos muy abiertos y tras ello,
mira el agarre que mis dedos tienen
sobre su piel.

—Tenemos que hablar —le suelto.

—Nuestro asunto ha quedado
concluido, si no quieres dinero, yo me
marcho de aquí.

—Sí, te vas a ir —le informo—, pero te vas conmigo.

Ella me mira incrédula, creo que hasta un poco indignada.

—No pretenderás que tengamos una conversación trascendental a la orilla de una polvorienta carretera de Texas a plenas cuatro de la tarde. Hace demasiado calor.

—No veo de qué tengamos que hablar —dice levantando la barbilla, con la dignidad de una reina, ¿a dónde se ha ido la chica que hasta hace unos minutos estaba muerta de miedo?

Este cambio me gusta y me gusta mucho.

—Tú necesitas un trabajo, ¿no es así?

—A pesar de que esa no ha sido una pregunta, ella asiente en silencio—. Pues ahí está, tengo una propuesta para ti, ahora mismo me dirigía al rancho de unos amigos, está bastante cerca, no más de diez minutos, ahí estarán a salvo y, entonces, tú y yo podremos hablar.

—¿Por qué habría de confiar en ti? —Esa es una pregunta justa, bastante justa, mucho más si tenemos en cuenta que no sólo ella está arriesgándose, trae consigo a su hija.

—Porque estás desesperada y porque soy la única opción que tienes.

Eso, Carrillo, muéstrate seguro, inflexible.

—No es cierto —suelta—, siempre

hay varios caminos.

—Bueno, mi querida desconocida, los nuestros acaban de cruzarse.

Ella me mira boquiabierta, incrédula ante mis insolentes palabras.

—Tú lo has dicho, somos un par de desconocidos, ¿qué en tu casa no te enseñaron nada sobre eso?

—Ese asunto es de fácil solución — le digo sacando del bolsillo trasero de mi pantalón mi billetera.

Le paso mi licencia de conducir, en ella, además de mi foto se encuentra mi número de seguro social, mi dirección y hasta mi tipo de sangre.

—¿Cómo sé que esto no es una falsificación? Una buena, por cierto.

—¿Qué sabes tú sobre licencias falsas?

Ella se ríe un poco antes de contestar —: Todos hemos tenido menos de veintiuno y ganas de hacer travesuras.

En silencio, asiento, antes de pasarle mis tarjetas de crédito, en todas ellas aparece bien clarito mi nombre.

—Esto sigue sin ser fiable —dice.

—Seamos sensatos, ¿crees que cargo en uno de mis tantos bolsillos identificaciones falsas por si acaso una chica bonita me choca en la carretera?

—Me burlo un poco de ella—. Creo que como secuestrador y potencial asesino serial sería muy poco eficiente, ¿no crees? Anda, deja de dar problemas y

ven conmigo.

—Yo de aquí no me muevo —dice, plantándose en el piso, con ambas manos apoyadas en su cadera.

—Bueno, entonces, este es el camino que tú decidiste tomar.

Sin darle oportunidad a que siga renegando, me agacho lo suficiente para poder echármela sobre el hombro, por supuesto que la gatita ha sacado las garras, en el sentido más literal, y va dando patadas y algunos puños sobre mi espalda.

Lejos de molestarme, su intento de defensa me causa risa.

Definitivamente negociar con ella va a ser interesante.

Muy interesante.

Ella sigue pataleando hasta que la acomodo en el asiento de su coche, tras ponerle el cinturón de seguridad, corro a apearme del lado del conductor. Este viejo Toyota me pone los nervios de punta, pero bueno, a situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

Enciendo el coche y, mirándola de reojo, veo como hace el intento de abrir la portezuela.

—Yo que tú no haría eso —le digo—, ¿olvidas que tu hija viene en la parte de atrás? Con el coche andando, no tendrías la menor oportunidad de sacar a la niña, si resultara ser un loco, ¿qué posibilidades tendría ella conmigo?

Eso la detiene en seco, me fulmina con la mirada y yo no puedo dejar de esbozar una sonrisa.

A pesar de que no sé su nombre, esta mujer me gusta cada vez más.

—¿De quién huyes? —Le pregunto, sé que no es el mejor intento de conversación, pero tengo que ir sabiendo a qué me voy a enfrentar.

Ella no responde, pero sus ojos se llenan de lágrimas, presagiando que lo que viene no va a ser bueno.

—¿Dónde está el padre de la niña? —Ese es otro punto importante, si ella resulta estar casada, mis planes se vendrían abajo inmediatamente.

No resultarían.

—Muerto —espeta después de un corto silencio, ya había perdido la esperanza de que me contestara.

—¿Qué pasó? —Pregunto.

—Que los cuentos de hadas no existen —responde con algo de amargura, ¿o tal vez ha sido tristeza?

—¿No esperas convertirte en cenicienta? —Insisto.

—El príncipe azul nunca aparece en mi historia, de sapos y burros, ya he tenido suficiente por esta vida.

—Bueno, princesa, eso quiere decir que no has besado al correcto.

Ella voltea a ver por la ventanilla. Por fortuna, Tierra Roja, el rancho de los Sadger, no se encuentra muy lejos. Si

ella necesita protección no hay mejor lugar, si de algo se ha encargado Joel es de mantener a su familia segura, además, ahí tendremos espacio para hablar de negocios.

Sí, de negocios, porque por muy intrigante que me resulte esta chica, lo que quiero es proponerle un trato. Uno que será de provecho para mí y, estoy segurísimo, que para ella también.

Al llegar a Tierra Roja, un guardia de seguridad nos detiene. No tarda más de dos segundos en dejarnos pasar, me conoce bastante bien, esta no es la primera vez que vengo por estos lares y seguramente no va a ser la última.

Tara, la dueña del lugar, es más que

mi amiga, la hermana que siempre quise tener.

En cuanto estaciono frente a la gran casa blanca, aparece la figura de Joel, él me mira con las cejas levantadas, sin duda intrigado al verme conduciendo esta carcacha.

—Antes que nos bajemos — murmuro, dirigiéndome a mi acompañante—, hay algo que necesito saber.

—Tú dirás... —responde bastante seca.

—¿Cómo te llamas?

No responde inmediatamente, casi puedo escuchar los engranajes en su cabeza ideando qué contestar.

—Elle Smith —murmura insegura.

—No te creo ni una sola sílaba.

—Pues esa es la única respuesta que vas a tener.

—Bueno, Elle Smith, tarde o temprano voy a saber la verdad —aseguro antes de abrir la puerta para bajarme.

—¿Por qué estás tan seguro? —Pregunta tomándome de la muñeca derecha.

El contacto de sus dedos fríos sobre mi piel me electriza, me incita y me confunde, todo al mismo tiempo.

Mentalmente hago cuentas de cuándo fue la última vez que eché un polvo. Eso debe ser lo que está pasando.

Aunque una molesta voz dentro de mí me apura a descubrir qué es lo que se esconde tras esos intensos ojos verdes.

Quiero develar sus secretos.

Y que ella conozca los míos.

Mierda, la falta de buen sexo ya me está afectando.

—Porque, tarde o temprano, nada queda oculto bajo el sol.

Y, antes de darle la oportunidad de decir algo más, me apuro a salir del carro, para ayudarla a hacer lo mismo.

El momento de la verdad se acerca, ¿dirá que sí?

Capítulo 2

Elle

Mientras recorro los pocos kilómetros que separan el lugar en que chocamos con el rancho al que me va a llevar Fermin, me pregunto en qué momento entré en la dimensión desconocida.

Esto parece sacado de un episodio de una serie basura de los ochenta, uno realmente malo, disparatado e irreal. Pero, por más que me pellizco, no logro

despertarme para volver a mi vida real.

A mi ordenada vida real.

A la que creo que no existe ya.

Hasta hace unas horas, trabajaba en una cafetería a las afueras de San Antonio, era un trabajo de mierda, sí, pero me permitía pagar por mi pequeño apartamento, poner comida en el refrigerador y cuidar a Seraphina, mi hija.

No es que mi vida marchara sobre ruedas, no es fácil ser madre soltera, sin familia cercana y con un ex novio problemático y una ex suegra sacada de la enciclopedia de las mujeres que se creen perfectas y crían sinvergüenzas, inútiles y buenos para nada.

Y es por eso que estoy aquí, desesperada por escapar, todo, porque a eso del mediodía, se presentó la abuela de mi hija acompañada de un trabajador social, reclamando su derecho a criar a mi hija como si fuera suya, alegando que soy incapaz de hacerlo yo.

Ella tiene de lo que yo carezco. Una casa en un buen vecindario, dinero suficiente para vivir sin trabajar y referencias. Sé de buena fuente que la señora Peterson goza de una reputación intachable, a pesar de lo que Kevin contaba de ella. Es un miembro reconocido de su iglesia y, eso, a los ojos de un juez de menores tiene mucho peso.

Yo no soy nada.

Aparte de Dolly, la dueña del negocio en el que trabajaba, sólo conozco a mi casero. Créanme cuando digo, que eso de mucho no me va a servir.

Así que hice lo único que se me vino a la cabeza, recogí unas cuantas cosas, tomé el dinero que llevaba meses ahorrando y salí a toda velocidad, trayendo a Seraphina conmigo.

No me importa recomenzar en algún otro lugar, lo hice una vez, perfectamente soy capaz de hacerlo nuevamente, por ella soy capaz hasta de dar la última gota de mi sangre, así que en menos de lo que canta el gallo,

salimos a la carretera.

Todo iba bien, hasta que el maldito teléfono comenzó a sonar y el nombre de la señora apareció en la pequeña pantalla, ahí mis nervios me traicionaron y mis planes se vinieron al traste.

Y, entonces, apareció él.

Con tanta fuerza, que pude percibirlo a pesar de la neblina de mi angustia, confundiéndome todavía más, buscando algo que no estoy segura de qué se trata, haciéndome pensar en posibilidades que suenan a disparates.

No, no fue su cabello oscuro, ni sus ojos del color del caramelo caliente. Tampoco fue la forma en la que se hizo cargo de la situación, como si él

estuviera acostumbrado a lidiar con ellas. No fue tampoco su perfume, ni el calor de sus manos.

Mucho menos la deliciosa vista de su cuerpo delgado y la agilidad con que se mueve.

Ni la forma en que ese pantalón azul moldea sus piernas y hace juego con la camisa estampada

No, no fue nada de eso.

Y yo soy una grandísima mentirosa.

Claro que fue todo eso y la promesa que quedó en el aire, esa que presagia que este sólo es el principio.

¿El principio de qué? Vaya usted a saberlo, soy como Alicia, la del país de las maravillas, he caído en la

madriguera del conejo y, la locura, parece no tener fondo.

Mientras seguimos en camino, él intenta hacer algo de conversación, claro que va directo al grano, haciendo esas preguntas que no quiero responder.

Que no puedo responder.

Dicen que el mundo es un pañuelo, no puedo arriesgarme a que la conozca, a que me lleve de regreso o a que dé aviso a las autoridades.

Ninguna de esas es una opción para mí.

A la primera oportunidad que tenga, debo seguir con mi camino.

Él pregunta por mi nombre y dudo en responderle, tan tonta he sido que ni

siquiera me he parado a pensar en algo tan obvio como eso.

De algún lugar de mi aturdida cabeza logro sacar la respuesta y, aunque él no la cree, no ahonda en el asunto.

Eso sí, una vez más, deja en el aire la promesa de que mis secretos no van a tardar en salir a la luz.

Eso es lo que me temo.

—Cuando dijiste que habías comprado un coche nuevo —escucho decir a un hombre a lo lejos, seguramente es el dueño de todo esto, del que habló en la carretera—, jamás pensé que te habías decidido por algo más... modesto.

A pesar del claro tono desdeñoso en

que se refiere a mi coche, veo que entre ellos hay confianza, confianza de la de verdad. Una punzada pica en mi pecho, sí, es la envidia. No tengo a nadie en quien apoyarme de la misma manera, mi vida quedó atrás en el momento que decidí dejar Dallas y la seguridad de mi familia.

—¿Dónde está Tara? —Pregunta Fermin sin preocuparse por saludar.

—Vendrá en un momento, está terminando de arreglar a Greta, mi suegra va a pasar por ella dentro de un rato —responde el desconocido.

—Vaya —suelta Fermin con una carcajada—, parece que eso de ser abuela le ha gustado bastante a Monique,

si me lo hubieran dicho hace un par de años me habría costado bastante trabajo creerlo.

Fermin abre la puerta del coche para mí, me toma de la mano y me ayuda a bajar.

El desconocido abre los ojos de par en par, parece que, en lugar de una mujer, frente a sus ojos ha aparecido un ser mitológico con un par de cabezas llenas de serpientes.

Sí, sé que mi aspecto debe ser terrible. Dejen ustedes de lado la ropa, aparte de eso, llevo el cabello enmarañado y la cara manchada de sangre seca.

Debo lucir bastante patética.

Dudo mucho entre si bajar a la niña del coche o mejor dejarla en dónde se encuentra, al fin y al cabo, eso haría más sencilla la huida.

—Tranquila —susurra Fermin, asegurándose que sólo yo lo escuche—, estás entre amigos.

Sí, entre amigos, pero ¿de quién?

Lo miro sin saber qué decir, prestándole poca atención a mi gesto de incredulidad, se voltea para encargarse de bajar a Seraphina del coche.

Entre sueños, mi pequeño ángel no se ha dado ni cuenta de la loca situación en la que estamos metidas.

—Mucho gusto —dice el desconocido acercándose a mí con la

mano derecha extendida—, Joel Sadger, bienvenida a Tierra Roja.

Todavía algo insegura, extendiendo mi mano y respondo el saludo—: Elle Smith.

Mi voz suena todavía temblorosa, pero, al decirlo por segunda vez me ha resultado más sencillo, como si la mentira cobrara vida. Bueno, espero que en algún momento se convierta en realidad, más me vale que me acostumbre pronto a mi nueva identidad.

—¿Dónde está el dragón? —Pregunta una mujer alta, delgada y muy bonita, que acaba de aparecer, cruzando la entrada principal de la casa.

—Ese soy yo —responde Fermin con

una sonrisa en los labios—. O, si seguimos el argumento de la película del ogro, yo vendría siendo el burro y tú mi pequeña dragona.

Esto último lo ha dicho en un tono bajo, ronco, sólo para que sea yo quien lo escuche.

—Esperaba verte echando humo por las orejas, dispuesto a despotricar toda la tarde en contra de tu padre, maldiciendo como marinero.

Él se ríe, antes de abrazar a su amiga.

—Suelta a mi mujer —le reprende Joel—. Ya te he dicho que te dejes de tantas confiancitas.

El regaño suena tan falso como un billete de cuero, es obvio que entre ellos

hay una relación estrecha, fraternal.

—Yo la conocí primero —alardea Fermin.

—Eso puede que sea cierto —acepta Joel, pasándole un brazo por los hombros a su esposa, es un gesto claramente posesivo—. Pero al final ella me eligió a mí.

—Porque yo estaba de viaje en Europa —replica Fermin.

—Mala suerte para ti —contrapone.

—Bueno, Tara —dice Fermin cambiando de tema—, permíteme presentarte a Elle Smith.

Ella, por supuesto me saluda con mucha amabilidad, pero sus ojos azules están tan llenos de interrogantes como

los de su marido. Creo que solamente la prudencia la libra de soltar una pregunta que espero que haga, porque del asunto que nos tiene aquí, sólo el señor Carrillo lo sabe.

—Tara, actúa como la señora de Texas que se supone que eres y ejerce de anfitriona, ¿qué, piensas dejarnos aquí plantados todo el día? Elle necesita darse un buen baño caliente y esta señorita una cama en donde acostarse.

Bueno y es que este hombre habla como si él fuera el dueño y señor del lugar, así como de nuestra vida.

¿Qué sabe él de lo que necesita Seraphina?

—Es una niña preciosa —murmura

Tara acercándose a mi hija para acariciarle suavemente la mejilla—. ¿Está cerca de cumplir dos años? — Pregunta y asiento en respuesta—. Nuestra hija es un poco mayor, ya tendrás oportunidad de conocerla dentro de un rato, ven, déjame enseñarte la habitación de huéspedes.

Tara me toma del brazo, como si me conociera de toda la vida, para conducirme al magnífico interior de su casa. Es una residencia preciosa, jamás había estado en un lugar así. No es opulento, pero no puede obviarse que la prosperidad pulula por todo el rancho, desde la seguridad en la gran puerta de entrada, hasta el perfectamente cuidado

jardín, esto sin dejar de lado la brillante madera que cubre el piso de la residencia.

Fermin y Joel nos siguen de cerca, aunque a una distancia prudente, subimos hasta el segundo piso y ahí, cruzando un largo corredor curvo, Tara me lleva hasta una iluminada habitación pintada de verde malva, gobernada por una impresionante cama de cuatro postes.

Seguramente aquí la cuenta de la lavandería es igual a mi salario semanal.

Lo dicho, jamás había visto un sitio así, sin contar las películas que pasan en televisión.

—Este es el cuarto que ocupa Fermin

cuando viene a visitarnos —me informa—, al principio Joel no se resignaba a que tuviera una habitación en la casa, creo que ya se ha hecho a la idea, a pesar de las apariencias, se llevan muy bien, ¿sabes?

No alcanzo a responder, pues los aludidos entran en la habitación. Fermin pasa por mi lado, rozando mi hombro, ese mero toque pone todos mis sentidos en alerta.

Él se ha dado cuenta, pues sonrío y me hace un guiño, después, se entretiene acomodando a la niña en medio de la cama.

—Voy por tus cosas —anuncia Fermin—, mientras te das una ducha,

buscaremos algo para que pongas en tu estómago, luego, tenemos una conversación pendiente.

La sola mención a *esa conversación* me pone los nervios de punta, ¿qué tendrá que decirme?

¿Para qué me ha traído aquí?

Todos salen de la habitación, dejándome sumida en un silencio que me resulta perturbador. Afuera, el viento roza suavemente las copas de los árboles que rodean la casa, el sonido trae a mi mente viejas memorias, unas buenas, otras no tanto. Sin embargo, si quiero seguir adelante tengo que dejar todos mis temores atrás, sobreponerme a ellos y seguir andando.

Hace mucho tiempo que estoy sola, eso no va a cambiar. Seraphina cuenta conmigo y tengo que ser capaz de asumir el reto y no sólo eso, también tengo que salir victoriosa.

¿Cómo? Tengo preguntas, pero ni una mísera respuesta.

Poco después, Fermin regresa, trayendo consigo dos gastadas bolsas de lona en las cuales se encuentran la mayoría de nuestras pertenencias, no es mucho, pero mi buen trabajo me costó ganármelo.

—Tranquila —dice, al darse cuenta de que me he quedado sentada en el borde de la cama con expresión taciturna.

Perdida lo describiría mejor.

—Todo va a estar bien —promete y, en sus ojos color avellana, puedo leer que lo está diciendo de verdad—. Ha dejado de sangrar.

Se refiere al corte en mi frente, que palpa con mucho cuidado, apartando algunos mechones de mi cabello.

Su toque tan tierno me derrite, es casi... casi cariñoso.

—Hablaemos en un rato, te espero abajo —murmura y antes de irse sus labios acarician los míos.

El beso es breve y suave, como un penacho de humo, pero iguala en fuerza a una avalancha.

¿Y sabes qué es lo peor?

Que me quedo esperando más. El brillo pícaro que ilumina sus pupilas deja claro que él lo sabe.

Claro que lo sabe.

Estoy en terreno desconocido, en más de un sentido. Tengo que levantar mis barreras, poner todas mis defensas en aleta roja. Tomo la silla que se encuentra en el escritorio a un lado de la ventana para asegurar la puerta, me digo que es para imposibilitar el que alguien entre en la habitación y se aproveche de que Seraphina está sola y dormida, sin embargo, el simbolismo no pasa por alto.

Tampoco quiero dejarle entrar a él.

Aunque me temo que eso ya es

imposible de evitar.

Ellos parecen buena gente, pero caras vemos, corazones no sabemos, ser prevenida nunca está de más.

Sí, sí, a buena hora vas a poner eso en práctica. Más vale tarde que nunca, me respondo a mí misma.

No estoy tan loca, tengan ustedes en cuenta de que, al menos, no me he contestado en francés.



Antes de desvestirme, me miro en el espejo del baño, de verdad que mi aspecto es horrible, es un milagro que los Sadger me recibieran en su casa, parezco una refugiada de la guerra,

pálida, ojerosa y manchada de sangre. Por no hablar de mi ropa vieja y arrugada. No pertenezco a un lugar como este, estoy fuera de mi ambiente, internándome en el triángulo de Las Bermudas, mi navegador ha dejado de funcionar.

Dejo esos pensamientos de lado, concentrándome en la promesa de una ducha caliente, eso suena celestial. Aunque, para llegar a ello, debo descifrar el complicado sistema de la regadera, salen chorritos de agua hasta de las paredes.

Me río de mí misma, seguramente la cenicienta no tuvo que lidiar con problemas como este. Su hada madrina

simplemente agitó su varita mágica y el trabajo estuvo hecho.

Ojalá algo así me pasara a mí, pero como le dije a Fermin cuando nos dirigíamos hacia acá, los cuentos de hadas no existen.

Estoy terminando de secar mi cabello, cuando escucho la vocecita de Seraphina llamándome.

—Mi amor —le digo al acercarme a ella—. Es hora de un cambio de pañal, ¿no es cierto?

Le levanto el vestidito, que ahora le sienta demasiado corto y, luego de hacerle unas carantoñas en su barriguita, me hago cargo.

—¿Dormiste bien? —Le pregunto y

ella contesta en su propio idioma, creo que más interesada en lo que nos rodea —. Vamos a darte un baño.

Ante la mención del agua, su carita se ilumina, el día de hoy no ha sido fácil para ninguna de las dos, aunque con la inocencia de su edad, mi hija no parece darse cuenta del gran cambio que sufrió su vida. Así que me conforta poderle ofrecer esto, al menos por el momento.

Veinte minutos más tarde bajamos por la escalera de la casa, debo buscar a los Sadger, agradecerles por sus atenciones. Hablar con Fermin, ver qué es lo que tiene que decirme y después seguir con mi camino.

Cuanto más tiempo permanezca en la

zona, aumentan las posibilidades de que alguien dé conmigo y eso me aterra.

A medida que me acerco, puedo escuchar las voces de gente discutiendo, me quedo paralizada en el umbral sin saber qué hacer. Ellos no se han percatado de mi presencia y me siento como una intrusa.

Y lo soy.

—Es que tú estás loco —grita una voz femenina que identifico como la de Tara.

—De peores cosas me han acusado —responde Fermin en tono calmado.

—Pero es que es tu vida —agrega ella—. Tu vida.

—Precisamente —responde él—. Mi

vida, mi decisión, mi problema.

—Joel, dile algo—le pide a su marido—, hazlo entrar en razón.

—Mi amor, tienes que admitir que Fermin es un adulto, está en su derecho de tomar sus propias decisiones.

—Es un irresponsable, eso es lo que es —chilla en respuesta.

—Irresponsable o no, es su decisión, ahora sí la vas a liar parda, Aferminado.

—A su padre le va a dar un infarto —le advierte.

—Él quería esto, ¿no fue lo que dijo?

—No creo que se refiriera a semejante locura, Fermin, por favor, reacciona.

—Es una decisión tomada, ahora sólo

tengo que convencerla.

Tara suelta una carcajada que suena a que justo le han contado un mal chiste.

—Pero es que no sabemos nada de esa mujer, si la acabas de conocer, por el amor de Dios. Puede ser una ladrona, una asesina, una caza fortunas.

Quiero irme, salir corriendo, pero mis pies se han convertido en plomo, se han fundido con el piso.

Están hablando de mí.

Y peor aún, están discutiendo sobre mí.

—Cuidado, Tara —protesta Fermin en tono enérgico—. Ella va a ser mi esposa.

¡¿QUEEEEEEE!?

Él acaba de decir, ¿qué cosa?

—Mami —dice Seraphina, en voz demasiado alta.

Tres cabezas se voltean hacia donde estamos paradas. Y en silencio le pido a la tierra que me trague y me escupa en lo que era mi vida hasta esta mañana.

—Y ahí está ella —anuncia Fermin como si ya no fuera obvio.

—Este yo... —comienzo a decir.

—Tú y yo vamos a hablar —interrumpe Fermin.

—Debo irme —replico.

—En efecto —admite y eso me tranquiliza—, pero te vas conmigo, todavía tenemos que hablar.

—Ya he escuchado suficiente.

—No, mi dragona —dice
cerniéndose sobre mí—, apenas vamos
empezando.

Y ahora, ¿quién podrá defenderme?

Capítulo 3

—Ven conmigo —me ordena Fermin antes de agacharse para tomar a la niña entre sus brazos y a mí por el brazo.

Seraphina se deja hacer encantada de la vida, como si eso fuera lo más natural del mundo.

Me quedo plantada en el mismo lugar en el que me encuentro, Fermin levanta una ceja a modo de muda invitación. Soy consciente de que los ojos de Tara y Joel se encuentran sobre nosotros, midiendo cada uno de nuestros

movimientos.

Evaluándolos.

Juzgándome.

De los males, el menos grave, así que acepto la mano que me tiende Fermin y, juntos, salimos de la casa.

Me sorprende encontrar con que, la camioneta, la misma que choqué hace un rato, se encuentra ahí estacionada.

—He mandado a alguien a recogerla, sólo fue un golpe en el para choque, no es la gran cosa, ven conmigo.

Le sigo como un autómata, esperando a escuchar lo que sea que tenga que decirme, desesperada por salir corriendo.

Huyendo.

Aunque ya no sé si de lo mismo que

hace rato.

En silencio, los tres subimos a la camioneta y emprendemos camino. No mucho tiempo después, él estaciona frente a un lago.

—Siempre me ha gustado este lugar —dice mirando hacia adelante, como si fuera incapaz de verme a la cara—, muchos de los mejores momentos de mi niñez los pasé aquí, ¿sabes?

—¿Para qué me trajiste aquí? —Directo al blanco, no estamos para andar con rodeos.

—Tengo una propuesta que hacerte —suelta después de un suspiro.

—Eso escuché —replico.

—Necesito que te cases conmigo —

dice.

—Tu amiga lo dijo, estás loco.

—Escúchame antes de tomar una decisión.

—Pero es que tú no me conoces de nada —chillo—. Se supone que uno se casa enamorado, nosotros nos acabamos de conocer, las relaciones ya son bastante complicadas con amor de por medio, no quiero pensar lo que significaría vivir con un extraño, además está Seraphina.

—Una niña preciosa —murmura acercando su mano a la mejilla de mi hija—, tan parecida a ti, estoy seguro que no me va a costar ningún trabajo quererla.

—¡Qué vas a saber tú de niños!

Él se ríe sin ganas.

—Greta, la hija de Joel y Tara, tiene más o menos su edad, soy su tío favorito.

—Una cosa muy distinta es visitar a un niño, otra es vivir con él día a día.

—¿Sabías algo de niños antes de tenerla a ella? —Pregunta con astucia, sabe que no puedo decir que sí.

—Pero soy su mamá. —¡Ja! Con esa no contaba.

—Mira, Elle —comienza otra vez—, necesito casarme a la brevedad, a mi padre se le ha metido esa idea entre ceja y ceja, como si estuviéramos en el medioevo piensa que me puede obligar,

soy su único hijo.

—¿Y temes quedarte sin dinero?

—El dinero no me preocupa — acepta mirándome a los ojos—, soy independiente hace años y si no lo fuera, tengo dos manos, no soy un inútil.

—¿Entonces? —Sí, ¿por qué no lo manda a la mierda y ya está?

—Se trata de algo más —admite—, algo que ni todo el oro del mundo puede comprar.

—Y eso es...

—El respeto —responde.

—¿Y crees que casándote con una desconocida vas a lograr ganarte el respeto de tu familia? Estás más loco de lo que pensaba.

—Mi plan no es tan descabellado.

Le hago señas con la mano para que continúe, mientras tanto, me ocupo de entretener a Seraphina, que ha visto a unos patitos preparándose para entrar al agua y está ansiosa por irse detrás de ellos.

—No soy un hombre común, mi padre piensa que soy un reprimido, que no se atreve a salir del closet.

—¿Y lo eres?

—No —se ríe—, simplemente me gusta bailar a mi propio ritmo.

—Entonces, ¿lo que quieres es que simule ser tu esposa para quitarte a tu padre de encima?

—No simularías ser mi esposa, Elle

—acepta—, lo serías con todas las de la ley.

Mierda, eso suena serio. Y, sin embargo...

—¿Y qué pasa si mientras estás casado conmigo te enamoras de alguien más?

—El amor no existe, Elle, esa es sólo una ilusión.

—Pues parece que tus amigos están bastante ilusionados, se les ve muy felices.

—Toda regla tiene su excepción.

—Tú no me conoces, bien lo dijo Tara, no sabes en qué problemas te meterías, recuerda cómo nos conocimos, no ha pasado tanto tiempo desde

entonces.

—Cuéntame —pide.

—No lo entenderías —le digo.

—Haz la prueba —insiste.

Sin poder contestarle, abro la puerta de la camioneta y bajo de un salto trayendo a la niña conmigo. Ambas nos sentamos en la orilla del lago, sobre las raíces de un viejo árbol, cuyas ramas, casi tocan el agua.

Mientras abrazo a Seraphina, explicándole lo que hace la mamá pata con sus retoños, tengo tiempo para pensarlo.

A lo mejor esto no es tan malo, Fermin necesita una esposa, nosotras necesitamos protección.

Tal vez, después de todo, podamos encontrar un punto medio.

¿Y si...?

Puedo escuchar sus pasos en mi espalda, haciéndose presente, pero de igual manera, dándome el espacio que necesito.

—Está bien —le digo después de un rato, acercándome a donde él se encuentra—. Hagamos un trato.

—Tú dirás.

—Me voy a casar contigo, a cambio, tú me ofrecerás todos los medios que estén a tu alcance para quedarme con la custodia de mi hija.

—¿Quién quiere quitártela? —
Pregunta, mirándome con el ceño

fruncido.

Sus espesas pestañas hacen que su mirada sea aún más intensa.

Hipnotizante.

—Su abuela, la madre de su papá —
contesto, atrapada en el hechizo.

—¿Tiene motivos? —Busca saber.

—No, pero en su cabeza cree tener la razón.

—Si eso es lo que quieres debes decirme la verdad, comenzando por tu nombre.

Quiero protestar que ya lo he hecho, pero ambos sabemos que esa es una gran mentira. Y si este hombre va a ser mi esposo, tiene que saber al menos con quién diablos va a casarse.

—Estelle —murmuro—. Mi nombre es Estelle Moore.

—¿Me estás diciendo la verdad esta vez?

—Lo siento —respondo—, he dejado mi bolsa en casa de tu amiga, no podré enseñarte mi licencia de conducir.

Ambos nos reímos, recordando cuando la situación fue a la inversa. Parece que fue hace mucho tiempo, cuando en realidad sólo unas cuantas horas han pasado.

—Bueno, Estelle Moore —dice y, para mi sorpresa, se inclina delante de mí, hincando una de sus rodillas en el suelo, sin importarle manchar el pantalón—. ¿Me harías el honor de ser

mi esposa?

Lo miro, antes de contestar, perdida en el ámbar de sus ojos, la suerte está echada, no hay vuelta atrás.

Sin embargo, esa insistente voz, vuelve a decirme que las sorpresas no van a terminar aquí y que el sí que sale de mis labios significa algo más.

Capítulo 4

—Eres imposible —dice después de un rato.

Seguimos aquí en el lago, jugando con Seraphina, hablando sobre nuestros planes de boda.

—Pero es que yo pensé que nos casaría un juez en el ayuntamiento —protesto.

—¿Qué, no dicen que todas las chicas sueñan con el día de su boda?

—Ya te dije, no creo en los cuentos de hadas, eso no existe.

—Vaya par que somos —murmura como para sí mismo—, una pareja de incrédulos.

—¿Te rompieron el corazón? —La pregunta sale de mis labios antes de que pueda pensármelo, al instante me arrepiento de ello.

—Digamos que fui un experimento fallido —acepta concentrando su vista en el agua.

Seraphina se acerca a nosotros, trayendo entre sus manitas unas cuantas hierbas que ha recogido, nos las ofrece como quien lo hace con un pequeño tesoro.

Fermin le sigue la corriente, mostrándose paciente y sonriente con la

niña.

—Entonces, ¿puedo planear yo la boda? —Pregunta.

—Haz lo que quieras, no importa — al fin y al cabo, no soy una tortolita ilusionada que va camino al altar.

—Un millar de mariposas blancas para el final de la ceremonia, te voy a mandar confeccionar un vestido precioso, con una falda amplia que te haga lucir como una princesa...

Me río.

—Creo que el vestido lo elijo yo — le digo, es un mero acto de supervivencia, si he de plantarme delante de todos sus familiares y amigos, lo haré en mis términos.

—Una fiesta de tres días en el club de golf del que mi familia es socia en Houston, ya verás.

—Fermin —le digo, poniendo las manos en su cara, esperando que con ello me preste algo de atención—, es momento de hacer algo diferente, si lo que quieres es ganarte el respeto de la gente, no conviertas tu vida en un circo de tres pistas.

—Dios —exclama—, si voy a casarme con una vieja prematura.

—¿No podemos encontrar un punto medio?

Él me mira a los ojos, el ambiente entre nosotros cambia, se vuelve denso, eléctrico.

—Estelle —murmura, justo antes de que su boca tome la mía y yo me olvide hasta de mi nombre.

Mi pulso corre como un caballo desbocado mientras sus brazos se envuelven a mi alrededor, pegando su cuerpo al mío, despertando en él un deseo ardiente. Sus labios son firmes, expertos y hacen que los míos se abran para que su lengua se encuentre con la mía.

Mi piel se calienta y ese lugar que ha permanecido ahí, en el olvido, se moja.

¿Qué me está pasando?

Me estoy derritiendo y el sol del atardecer nada tiene que ver, es esa quemazón que me recorre entera y

termina entre mis piernas. Mis dedos buscan sus hombros y me dejo llevar.

Cuando por fin él se inclina hacia atrás, con una suave risita, yo me quedo mareada, temblando. El planeta parece estar girando en dirección contraria a mis pensamientos.

Lo miro, incapaz de hablar, Fermin acaricia mi mejilla y se acerca para chupar mi labio inferior, llevándolo hasta el interior de su boca, acariciándolo después con la lengua.

Esa boquita, ya me la estoy imaginando vagando por otros lugares.

Esta no soy yo, en algún lugar del camino me he perdido, ¿qué diablos me está pasando?

—Me parece —murmura, todavía mirándome con ese brillo travieso en sus ojos—, que nuestra vida marital va a ser bastante entretenida. Voy a esperar con ansias nuestra noche de bodas.

—Eso no va a pasar —espeto con todo el rigor que soy capaz de acopiar.

Él se vuelve a reír, el muy sinvergüenza.

—Ya lo veremos —dice, acariciando mi rodilla, justo por debajo del borde de mi vestido de verano—. Ahora, regresemos, hay un anuncio por hacer y una boda que organizar.

Por alguna razón que ahora no me suena tan extraña, eso ha sonado a amenaza.



Al volver a la casa de los amigos de Fermin, no me pasan por alto las miradas que Tara intercambia con su marido. Parece que durante nuestra ausencia ellos han acordado alguna especie de alto al fuego unilateral.

—No me quiero quedar aquí —le susurro a mi ahora prometido—. Creo que lo mejor va a ser que regrese a mi casa.

Aunque después de decirlo caigo en cuenta de que esa no es una opción viable.

—Mejor nos vamos a la mía — replica—, es mejor que te vayas

acostumbrando.

—Fermin, yo no me voy a ir a vivir contigo.

Él se rasca la cabeza y cierra los ojos, parece que acabo de decir algún disparate.

—Te vas a casar conmigo, mujer — su voz suena casi a grito—. No pretenderás que viva cada quien en un lado de la ciudad.

Bueno, de la ciudad no, unas cuantas cuadras son suficientes.

—Estelle —dice, mi nombre suena en sus labios como una bendición—, ¿cómo pretendes que este matrimonio parezca real si no vivimos juntos? Además, está todo este asunto de la

niña, si vamos a iniciar una batalla por la custodia de Seraphina, lo mejor será dar la apariencia de una familia respetable.

—Yo no te conozco —chillo.

—Me parece, mi amor —dice, acercándose a mí—, que vas a tener que correr el riesgo.

Discusión terminada.

Me he quedado sin opciones. Al final, mi único objetivo es proteger a mi hija.

Joel y Tara insisten en que, al menos, nos quedemos a cenar con ellos. Monique, la madre de Tara, se ha llevado a la hija de ambos a pasar la noche en su casa, así que en la mesa

sólo somos cinco.

—¿Ya han pensado en una fecha? —
Pregunta Joel, intentando romper con el tenso silencio que reina en el comedor.

Vólteo a ver a Fermin en busca de una respuesta, él ha dicho que se va a hacer cargo de organizarlo todo, así que supongo que esa también será su decisión.

—Tenemos algo de prisa —contesta él, dejando los cubiertos sobre el plato de porcelana blanca—, sin embargo, para que todo esto sea creíble, debemos dar algo de tiempo, un mes, tal vez dos.

El alma se me va a los pies, ¿qué va a pasar hasta entonces con Seraphina?

Justo en este momento, la niña

gorgotea algo sobre el pollo que come ávidamente, provocando que la atención de todos se centre en ella.

—Greta es un poco mayor —dice Tara—, he estado intentando que aprenda sobre colores y formas, pero lo único que parece interesarle es amarillo y verde, lo demás no despierta su interés.

—Ojalá yo pudiera conseguir algo así de Seraphina —suspiro—, todo lo que le interesa es repetir los ruidos de los animales que ha visto en la televisión, así que me he centrado en eso.

—Greta sigue llamando a los animales por el sonido que hacen —se

ría Tara—, le encanta salir en la mañana a los establos y al refugio que acabamos de abrir en uno de los graneros.

—A ver, princesa —dice Fermin refiriéndose a la niña—, ¿cómo hace el gato?

Ella hace lo que le ha pedido, ganándose cumplidos y más preguntas como premio, por suerte, la conversación se centra en las niñas y lo que han aprendido a hacer. Ese es un tema fácil para mí, hablar de mi hija nunca ha sido un problema.

—Verás, Elle —tose Tara—, Estelle, como Greta es un poco mayor, tengo arriba un montón de cosas que ya le quedan chicas, tal vez Seraphina pueda

usarlas, supongo que no habrás tenido mucho margen para gastar en ella...

—Mañana mismo le pondremos solución a eso —responde Fermin y creo que está un poco ofendido—, ni mi mujer, mucho menos mi hija, van a andar por la vida con ropa de segunda mano, sobre mi cadáver. —Ups, el hombre se ha sentido realmente insultado.

Quiero agregar algo para replicar y al mismo tiempo suavizar la situación, pero él levanta una ceja, a manera de reto y sé que el tema se ha dado por concluido.

Sin embargo, una idea queda rondando por mi cabeza, esta es la primera vez que Fermin impone su

voluntad —y su dinero— por encima de mis deseos, seguramente no será la última.



—No tenías por qué ser grosero con tu amiga —le reprendo cerca de una hora más tarde, hemos salido de la casa de los Sadger y ahora nos dirigimos a donde sea que Fermin tenga establecida su residencia, escuchando a Lady Gaga a todo volumen—. Ella sólo quería ayudar, tener un gesto bonito conmigo y Seraphina.

Él voltea a verme y, aún en la oscuridad, puedo ver que me fulmina con la mirada.

—¿Acaso es la primera vez que Tara hace algo por ti? —Le pregunto.

—Claro que no —responde de forma automática—, somos amigos desde que éramos niños, hemos compartido muchas cosas.

—Entonces, ¿cuál es el problema? No son más que unos cuantos trapos, aparte, no sería la primera vez que Seraphina se viste con algo usado, somos clientas asiduas de las tiendas de segunda mano, te quedarías con la boca abierta si supieras de las buenas gangas que ahí se encuentran.

Me declaro, oficialmente, experta en gangas. De ninguna otra manera hubiera alcanzado a amueblar mi pequeño

departamento y comprar la cuna de Seraphina. Aunque en ese entonces Kevin y yo seguíamos juntos, no fue de mucha ayuda a la hora de los gastos, él siempre se excusaba en que el trabajo que le ofrecían no estaba a su nivel y que la paga era muy poca.

Tonta de mí que creí que el amor lo podía todo. Mi príncipe azul destiñó bastante pronto y me di de narices con la realidad. Era tarde para volver atrás, tenía entre mis brazos a mi pequeño ángel.

Y, francamente, tampoco lo hubiera hecho así la puerta hubiera estado abierta. Una mirada a los ojos de mi hija y supe que mi destino estaba escrito, yo

le pertenecía, era su madre y, por encima de cualquier otra condición, siempre estaría ella.

Siempre.

Es por eso que estoy aquí ahora y no en mi coche yendo a quién sabe qué lugar, salí de casa sin un plan concreto, sin rumbo ni dirección, sólo quería llevármela lejos, tan lejos que no nos encontraran nunca más.

—¿Quieres que inventemos una historia? —Le pregunto a Fermin después de un rato, ya hemos entrado en la ciudad siguiendo por la autopista número treinta y cinco.

—¿No te parece suficientemente dramático el conocernos porque

chocaste mi carro? —Pregunta levantando las cejas.

—Yo qué sé, es la primera vez que hago algo como esto —replico—, nunca me he casado antes.

—¿Ni con el padre de Seraphina? —Aquí vamos, un asunto espinoso, pero de nada vale que me calle, él tiene que saberlo.

—Éramos jóvenes, tú sabes —le explico—, al menos eso era lo que Kevin repetía una y otra vez, estuvimos juntos por años y él decía que así seguiríamos toda la vida.

—¿Qué pasó entonces? —Pregunta con verdadero interés.

—Un día mi período decidió no

aparecer, poco después nos enteramos que Seraphina venía en camino.

—Toda la vida le duró muy poco, ¿eh?

—Menos que el latido de un corazón. Lo escucho suspirar, fijando su vista en algún lugar de la ancha avenida que recorreremos.

—A veces, Estelle —finalmente murmura— el latido de un corazón dura para siempre.

Mi mandíbula cae sin que yo pueda hacer algo por evitarlo, ¿a dónde se fue el hombre que no cree en el amor?

Creo que jamás alguien me ha dicho antes unas palabras tan románticas.

Lo miro en silencio, incapaz de

articular palabra, ¿qué puedes responder a eso? En mi cabeza invento mil excusas, busco un espejo que no necesito dentro de mi bolso, reviso a la niña por décima vez, aunque ella sigue profundamente dormida, y cuento los autos rojos que se cruzan en nuestro camino.

Hago de todo, menos verlo a él. En este momento soy incapaz.

Me siento demasiado vulnerable.

Para mi buena suerte, el silencio no dura mucho, poco después, Fermin acciona un control remoto y la puerta metálica de un garaje se abre bajo un edificio de piedra caliza en la zona cercana al río.

—Llegamos —anuncia—, ¿puedes encargarte de la niña mientras yo lo hago con las maletas?

En menos de cinco minutos entramos en un ascensor, Fermin acciona el botón del primer piso, una vez ahí, caminamos por un amplio corredor hasta llegar a la puerta del fondo.

—Hogar, dulce hogar —declara al abrir la puerta de madera para dejarme entrar.

Ante mis ojos se abre un recibidor con altas paredes grises y un reluciente piso de madera.

—Esto es...

—¿Más pequeño de lo que esperabas? —Pregunta mirándome muy

serio—. Si esperabas casarte con un hombre rico, hiciste la elección equivocada, Estelle.

—Precioso —replico ofendida—. Eso es lo que iba a decir. Si crees que te vas a casar con una caza fortunas, entonces hiciste la elección equivocada.

—Lo siento —admite—, estoy cansado y algo preocupado, no quiero que te llenes la cabeza con ideas erróneas, Estelle, como puedes ver, vivo bastante bien, pero de ahí, a que camine por calles de oro, hay un trecho muy largo.

—Puedo valerme por mí misma, Fermin, todo lo que quiero es conservar a mi hija conmigo, no tu dinero.

—Comenzamos con el pie izquierdo, ¿no es cierto? —Dice mientras me indica que lo siga por el corredor hasta la puerta abierta de una amplia habitación.

—¿Es tarde? —Pregunto.

—Acaban de dar las diez —responde y a mí me entra la risa.

—No me refería a eso —explico y él levanta las cejas, preguntándome en silencio de qué se trata esto—. ¿Es tarde para nosotros, para comenzar de nuevo?

—¿Estás cansada? —En respuesta, niego con la cabeza.

—Pero necesito poner a Seraphina a dormir.

Diez minutos después Fermin ha

armado la pequeña cuna de viaje de Seraphina a un lado de su cama y, tras dejarla bien acomodada entre sus cobijas de animalitos, nos dirigimos a la cocina del apartamento.

—¿Vino o cerveza?

Arrugo la nariz en respuesta, nunca he sido muy aficionada al vino, pero el sonido de una cerveza suena celestial, hace años que no pruebo una.

Yo esperaba que mi flamante prometido me ofreciera una lata de esa cerveza que tiene montañitas azules estampadas en el frente. En cambio, él saca una larga botella, que bien puede pasar por una de vino, se encarga de la tapa y pone el burbujeante líquido en un

vaso frío frente a mí.

—Espero te guste, es artesanal.

—Salud —exclamo levantando mi vaso, buscando el suyo, para hacer un brindis.

La cocina es un espacio que me resulta bastante acogedor, altos gabinetes de madera oscura cubren las tres paredes del espacio, el gris sigue siendo el tono predominante en la decoración, sin embargo, hay pequeños toques de colores fuertes por aquí y por allá, haciendo que se convierta en un ambiente atractivo, que invita a quedarse, a sentirse bien. Nos sentamos sobre las altas banquetas que se encuentran frente a la barra del

desayuno.

Si una vez casados, nuestras noches van a ser como esta, me aventuro a afirmar que nos va a ir bien. Hablamos de todo un poco y de nada en particular, desde la música que nos gusta escuchar, hasta los últimos libros que hemos leído.

—Con un trabajo de ocho horas y una niña pequeña no es que tenga mucho tiempo libre.

—Eres una madre estupenda —me elogia—, Seraphina tiene suerte de tenerte. Ahora, para variar, vas a tener bastante tiempo para disfrutarla.

—No, Fermin —lo contradigo—. Tengo que buscarme un trabajo en algún

restaurante de la zona, los gastos no van a cubrirse solos.

—Eso es cierto —acepta—, por eso voy a hacerlo yo.

—Pero es que estás loco —exclamo—, tú mismo has dicho que no eres un hombre rico y, así lo fueras, no es mi intención aprovecharme de la situación.

—Nadie ha dicho que lo estés haciendo —agrega—, es mi decisión hacerlo, mi prerrogativa, permíteme regalarte esto, Estelle. Hay muchas cosas que el dinero no puede comprar, pero si con mi trabajo, puedo ofrecerte tiempo de calidad con tu hija, no veo por qué no puedas aceptarlo.

—Esta discusión no nos va a llevar a

ningún lado, ¿verdad?

Para ser sincera no quiero pelearme, lo que deseo es decir que sí, aferrarme con ambas manos a lo que me está ofreciendo.

—¿Dónde están tus padres? —Y al escucharlo lo que me sorprende es que no haya preguntado antes.

—No tengo la menor idea —admito —, crecí en una casa de acogida.

—Dios, Estelle —murmura.

—No te atrevas a tenerme lástima —chillo mi protesta.

—Créeme que lástima no es el sentimiento que despiertas en mí. Eres admirable, estoy muy orgulloso de que te vayas a convertir en mi esposa.

—Hay muchas mujeres por ahí, en peores estados de desesperación que yo.

—¿Me estás dando permiso para que vaya y encuentre a alguna de ellas?

—Ni loca que estuviera —replico con una carcajada.

—Eres una caja de sorpresas.

—Yo más bien diría que soy como *La caja de Pandora*.

—No —contrapone—, en ti no hay maldiciones, sin embargo, eres un misterio. Quiero descubrirlo, entenderlo, entenderte.

—Por ahí dicen que las mujeres estamos para ser queridas, no entendidas.

—¿Y si yo quiero hacer ambas

cosas? —Dice esto mirándome fijamente a los ojos, desarmándome.

—¿Cómo me vas a amar si no crees en el amor?

Él asiente con tristeza antes de darle un largo trago a la cerveza que tiene enfrente.

Fermin se levanta de la silla y, parándose detrás de mí, pone ambas manos sobre mis hombros. Siguiendo las líneas que trazan los gruesos tirantes de mi vestido

—¿Estás tratando de seducirme?

—Si estás preguntando eso es porque el intento ha sido muy malo —responde entre risas—. Pero no, lo que quiero es que te relajes un poco antes de irte a

dormir. Necesitas dejar ir toda esa tensión, suelta el peso que llevas sobre los hombros, Estelle. Ya no estás sola.

Esas suaves palabras y sus pulgares deshaciendo los nudos en mi espalda son como un bálsamo. Pronto, todo eso que me agobia parece irse lejos, a otro mundo.

Sus dedos siguen bajando por mi escote, tentadores y seguros.

—Por ahí no tengo ningún músculo —le digo, mientras dejo caer mi cabeza hacia atrás, para encontrarme con su firme pecho.

—Pero están este par de bellezas.

El aliento necesario para contestar se me queda atorado en la garganta, él hace

que mi cuerpo reviva y reaccione.

Es un hechicero y, como una tonta, he dejado que me traiga hasta su escondite para embrujarme. Fermin habla de entenderme, de descubrir mis secretos, y sin embargo, al mismo tiempo quiero ser yo la que devele lo que oculta bajo esos pantalones ajustados y a esas camisas tan coloridas.

No, no es sólo eso que se abulta bajo el cinturón y que ahora se aprieta contra mi trasero. Hay algo más, algo más profundo.

Me aterroriza la manera en que él me controla tan fácilmente, ante su cercanía mi interior se derrite, se me funde el cerebro.

Muerde suavemente el lóbulo de mi oreja, para luego acariciarlo con la lengua, haciendo que un relámpago baje por mi columna.

—Es hora de ir a la cama. —No podría estar más de acuerdo con esa afirmación.

Antes de que pueda darme cuenta, Fermin me levanta entre sus brazos como a una niña pequeña y me conduce hasta la habitación.

—Descansa, preciosa —murmura al dejarme, temblorosa y desconcertada, sobre las suaves sábanas de su cama.

—¿Tú dónde vas a dormir? —Le pregunto, hemos invadido su habitación.

—¿Es esa una invitación? —Pregunta

con los ojos brillantes y yo niego con la cabeza en respuesta—. Al otro lado del pasillo está la habitación de huéspedes, mañana a plena luz podrás ver desde el estudio hasta la terraza, y decidir cuál vamos a convertir en el cuarto de Seraphina.

—Ella no necesita un cuarto para ella sola, podemos dormir juntas.

Eso hemos hecho desde el día en que nació.

—Mejor guarda esa energía para mañana, mi pequeña guerrera —agrega caminando hacia la puerta—, va a ser un día largo.

Y, sin más, se va. Dejándome pensando sobre sus últimas palabras,

que otra vez me han sonado a advertencia.

Capítulo 5

Cuando Fermin me dijo que el siguiente sería un día largo, no me imaginé que los demás, también se convertirían en una interminable aventura.

Por insistencia del señor Carrillo hemos ido de compras, volviendo a casa con más cosas de las que realmente necesitamos. Ahora soy la flamante propietaria de un armario completo para el verano, desde faldas y vestidos hasta algunos jeans y camisetas.

Mi niña se ve más hermosa que nunca vestida con esa ropita tan bonita que elegimos entre los dos. Conjuntos de colores alegres, combinados con sandalias, lacitos para el cabello y hasta lentes de sol.

Creo que fui la envidia de las otras compradoras en las tiendas a las que fuimos, una de las principales quejas de la mayoría de las mujeres es que los hombres de su vida detestan ir de compras.

Aquí el caso ha sido al contrario, tuve que sacar a Fermin a rastras de unas cuantas. Vaya alegría que le da al ver aparecer los letreros en el horizonte.

Seraphina brinca de un lado para

otro, mientras yo sigo sentada en el piso, intentando organizar los tornillos para armar una pequeña repisa para organizar los juguetes de la niña.

Ojalá tuviera la habilidad de Fermin para estas cosas, ayer después de que entregaron los muebles de la habitación infantil, él se puso manos a la obra y en un santiamén tenía perfectamente armada la cama para Seraphina.

Mi cabeza rememora una y otra vez nuestras noches juntos. No, no hemos pasado de la etapa de los besos y el manoseo. Todas las noches después de cenar y que Seraphina se duerma nos quedamos acurrucados en el sillón o en la terraza, hablando en voz baja,

contándonos nuestros sueños, nuestras ambiciones y también sacando a flote algunos recuerdos, le he contado sobre mis años en la casa de acogida, de mi relación con Kevin, a quien conocí en la escuela, de cuando escapé para seguirle los pasos.

—¿Extrañas a tus padres? —Me preguntó una noche.

—No puedes echar de menos lo que nunca has tenido —respondí.

—Algún recuerdo debes tener por ahí oculto en esa preciosa cabecita tuya.

Sí, de hecho los tengo, gritos, peleas y a mi madre llorando hasta quedarse dormida en su cama, mientras yo intentaba consolarla acariciándole el

cabello.

Ahora, atando algunos cabos, creo que el problema era que a mi padre se le iban los ojos detrás de cualquier escoba con faldas que le paseara por enfrente y mi madre era incapaz de manejar sus celos. Todo su mundo era él, yo estaba de sobra. No le importaba, ella sólo se concentraba en mantenerlo feliz. Así fue hasta el día de su muerte, ellos iban en el coche, mi padre perdió el control del vehículo y no pudo esquivar al camión que viajaba en la dirección contraria.

—Creo que el problema es —dice sorprendiéndome con un beso sobre mi hombro desnudo— que tienes el diagrama al revés.

—*Emin* —grita Seraphina al darse cuenta de que acaba de llegar su nueva persona favorita.

—Princesa... —le responde él a modo de saludo, mientras la hace volar por los aires y ella estalla en carcajadas.

Me mata verlos juntos, de verdad que me puede. Fermin no tiene problema en arrojarla al piso con ella y hacer todos los ruidos de los animales que tanto le gustan a la niña. Es capaz de hacerla dormir con una facilidad digna de envidia, la viste como a una muñeca y siempre, siempre, adorna su cabecita con una diadema con un gran lazo.

—¿Hablaste con el abogado? —Le

pregunto, levantándome del suelo.

Hay que darle la relevancia que merecen las cosas importantes, hoy he pasado el día imaginando los peores escenarios posibles. Que la señora Peterson se presenta aquí para arrancármela de los brazos, para llevársela lejos.

Fermin y yo hemos hablado mucho de eso, él siempre se muestra optimista, dice que encontraremos al mejor abogado, que si uno sólo no es suficiente, entonces contratará a un ejército.

—Las promesas se hicieron para cumplirse, Estelle —me dijo anoche antes de traerme en brazos hasta la

cama, como ya es su costumbre—. Al igual que los sueños, déjame hacer mi trabajo.

Él hace volar a Seraphina una vez más y tras ello le planta un sonoro beso en la mejilla. Ella responde poniendo ambas manitas sobre su rostro, encantada de la vida.

—Ya está hecho, en un par de días tendremos toda la información sobre las pretensiones de la abuela de la niña y entonces podremos trazar una estrategia.

—No sé si eso sea bueno o malo — admito, el sólo pensar en ese asunto me pone los nervios de punta.

—La información siempre es buena, Estelle, lo mejor es saber sobre qué

terreno se está caminando, tranquila. Me dieron muy buenas referencias de Reed y, estoy seguro, que su reputación ha sido ganada a pulso.

—¿Qué le dijiste? —Esa es otra pregunta importante.

—Lo mismo que voy a estar repitiéndole a todo el mundo, que la abuela de la hija de mi prometida pretende quitársela y que, como su futuro esposo, me estoy encargando de que eso no suceda.

—Todo suena tan simple cuando lo dices así.

—No tiene por qué ser complicado, además, no es del todo mentira.

Doy unos cuantos pasos, dejándome

caer sobre la cama de mi niña.

—Tengo miedo, ¿sabes?

Él se acerca a mí con Seraphina retorciéndose entre sus brazos. Me pasa a la niña, sabiendo que necesito tenerla cerca.

—Lo sé —acepta—, Seraphina es la fuerza que mueve tu mundo.

Como una cálida manta, sus brazos nos envuelven, la sensación me estremece de pies a cabeza, me conforta y también me asusta. Me estoy acostumbrando demasiado rápido a todo esto.

No, no se trata del dinero, ni siquiera de las comodidades que Fermin me ofrece. Se trata de él, de su presencia,

de su compañía, de su apoyo. Se trata del hecho de que tengo alguien con quien hablar antes de irme a dormir, alguien frente a quien admitir que tengo miedo, sabiendo que va a hacer todo lo posible por alejar los nubarrones que amenazan con ensombrecer el azul de mi cielo.

—¿Estás lista para enfrentarte a la familia Carrillo?

—Mierda, lo había olvidado.

—Eso es bueno, al menos no estuviste todo el día dándole vueltas a la reunión con mis padres.

—Tengo que recoger todo este desastre —chillo—, ¿ya viste la hora que es? Debo bañar a Seraphina, hacer algo con mi cabello. Darme una ducha,

esto es un desastre.

—Tranquila, la cena es a las ocho, apenas dan las cinco.

¿Tranquila? Esa palabra ha desaparecido de mi diccionario.

Hay mucho por hacer y el tiempo escasea.

—¿Quieres que yo me haga cargo de alistar a Seraphina? —Me pregunta a los gritos mientras yo busco en mi ropero por algo que ponerme.

—Mejor hazla dormir un rato, si no toma su siesta, no respondo más tarde.

—Considéralo hecho, preciosa.

Hora y media más tarde, estoy terminando de secarme el cabello, cuando Fermin entra en la habitación

trayendo con él a Seraphina, lista para salir.

Mi preciosa luce como una princesita, con un vestido estampado con unas alegres margaritas en tonos coral y negro, con unos zapatitos dorados de cordón, su infaltable lazo en el cabello y un bolso de mano que porta con gran dignidad. De verdad que ella se ha tomado muy a pecho eso de ser la muñeca de la casa.

—A ver, Seraphina —le dice—, da la vuelta como papá te enseñó.

Me quedo congelada ante sus palabras, él se da cuenta, claro que lo hace, si nada se le pasa por alto.

Uno...

Dos...

Tres... Y ninguno de los dos es capaz de decir ni mu, solo nos miramos a los ojos. Midiéndonos.

—*¡Emin!* —Chilla Seraphina rompiendo el incómodo silencio, llamando su atención y también la mía.

La niña gira orgullosa y hasta le lanza un par de besos.

Él dice que ella lo tiene comiendo en la palma de su mano, pero no estoy segura que eso sea cierto, él nos ha hechizado a ambas. De distinta manera, pero, como el flautista del cuento, nos tiene caminando al son de la canción que toca.

¿Por qué tendré el corazón tan

blando?

O, en su defecto, ¿las hormonas tan revolucionadas?

—Ven —dice después de unos minutos—, tengo algo esperando por ti en el comedor.

Me miro por última vez en el espejo, acomodando el vestido blanco de flores que llevo puesto, alisando la falda con mis manos húmedas. Si estoy así y no hemos ni salido de casa, no me quiero imaginar cómo voy a andar una vez lleguemos al salón de sus padres.

Hoy se van a enterar que su único hijo ha decidido hacerles caso, por una vez, y casarse.

Me van a examinar con lupa —bufo

—, con microscopio.

—No estés nerviosa —dice él al notar mis dedos fríos sobre los suyos—, además, mi madre se va a derretir en cuanto vea a Seraphina, ella siempre quiso una niña.

Seraphina, mi hija. Hija de una madre soltera que no tiene ni educación, ni pedigrí, ni nada por el estilo.

Su madre va a estar encantada, sí, seguramente...

En silencio, caminamos hasta el comedor, en donde una caja azul con un moño encima, me está esperando.

—No tenías que comprarme nada, ya has hecho demasiado y lo sabes.

—Eso es cierto, no tenía que hacer

nada, sin embargo, sí que quería — señala la caja—. Anda, ábrela.

Tímidamente y, también, muy emocionada, levanto la tapa para encontrarme con algo envuelto en papel tisú. Bajo varias capas se encuentran unas sandalias de tiras con un alto tacón de color nude.

—Son hermosas —le digo, sonriéndole.

Sus ojos brillan y estoy segurísima que los míos le corresponden.

—Una chica poderosa, necesita zapatos poderosos —afirma, haciéndome sentir así—. Ven, déjame ponértelos.

Tomo asiento y él se arrodilla frente

a mí, trayendo consigo la caja que contiene a mis nuevas mejores amigas. Levanta una de mis piernas con suavidad, mientras desliza uno de los zapatos que llevo puestos.

Sus manos acarician desde mi pantorrilla hasta mi empeine, mientras su mirada avellana sigue entrelazada con la mía. Se agacha un poco, sólo lo suficiente para que su lengua toque mi piel, haciéndome arder.

El simbolismo no se me escapa, él arrodillado frente a mí haciéndome sentir adorada, poniendo el mundo a mis pies. Su mundo. Y, al mismo tiempo, es uno de los momentos más sensuales de mi vida, aquí, completamente vestida, en

el comedor de la casa que compartimos, con mi hija sentada en el suelo a unos metros jugando con una vaca de peluche.

Su boca sigue el sendero que sus dedos van trazando, anudando las largas tiras de cuero alrededor de mis pantorrillas, enredándose con su encanto, atándome a él, con tanta fuerza, que seguramente no podré romper el lazo cuando esto termine.

Porque estoy segura que así va a ser.

A veces el latido de un corazón dura para siempre.

Sus palabras vuelven a mí apretando los hilos, haciendo de ellos cadenas, unas que no pesan, pero que igualmente me retienen a su lado.

—Ahora sí, estás lista —afirma, levantándose del suelo.

Mis pensamientos se mueven confusos, perdidos en la neblina de excitación en la que me ha dejado.

Como si nada entre nosotros hubiese pasado, él camina hasta donde se encuentra la niña y la toma en brazos.

—¿Nos vamos?

Lo sigo hasta el coche intentando poner en orden mi cabeza.

Al llegar a casa de sus padres sigo confundida, ansiosa, con ganas de terminar lo que quedó inconcluso.

—¿Por qué hiciste eso? —Le pregunto mientras esperamos a que nos abran la puerta.

—Porque quería que sólo tuvieras en la cabeza lo bien que estamos juntos, se te olvidó que estabas nerviosa por esto, ¿verdad?

La puerta de doble hoja se abre de par en par y, tras ella, aparece una pareja de aspecto latino ya entrada en años. Sin soltarme la mano, él los saluda a ambos de beso y en mi cabeza aparece una palabra para describirlo.

Sinvergüenza.

Justo como lo había predicho, ellos me miran de pies a cabeza. El hombre, quien ahora sé que se llama igual que su hijo, aprieta la boca, no sé si sea por mí o a causa de los pantalones de chillonas florecitas que tiene puestos Fermin.

La señora, que ha insistido en que la llame Marianne, procura no mirarnos mucho, sin embargo, no pierde de vista a Seraphina, conteniéndose, refrenándose, bajo la adusta mirada de su marido.

—Entonces, Estelle —dice su padre, cuando ya estamos sentados de vuelta en el muy bien decorado salón preparándonos para cenar—. ¿Eres de los Moore de Austin?

—No le sabría decir, señor —admito mirándolo con la barbilla levantada, sé por qué ha hecho esa pregunta y no me voy a encoger ante él y su rudeza. Se lo debo a él, a Fermin—. Mis padres no vivieron lo suficiente para presentarme a sus familias, crecí en una casa de

acogida.

El señor Carrillo se remueve en su silla, claramente incómodo. Bien merecido, quién lo manda.

Su esposa carraspea y cambia de inmediato la conversación—: ¿Cuál es el nombre de esta preciosura?

—Seraphina, mamá —responde Fermin antes de que yo pueda hacerlo.

—Como los ángeles, es un hermoso nombre, Estelle.

—Gracias —respondo, atreviéndome a esbozar una pequeña sonrisa.

Debo reconocer que al menos ella está haciendo el esfuerzo de llevar la fiesta en paz.

Seraphina camina entre nosotros,

mostrándonos algunos de los animales de plástico que hemos traído para mantenerla distraída.

Todos jugamos con ella, entreteniéndola. Para una niña pequeña no es fácil mantener las manos quietas y temo que en cualquier momento se le dé por agarrar una de las delicadas figuras de porcelana que adornan la mesa de centro.

Seraphina observa todo muy seria, como si supiera que este no es su ambiente, que no es el lugar al que pertenece.

Camina de un sillón a otro, primero le dice algo ininteligible a la madre de Fermin, quien le contesta con unas

cuantas palabras cariñosas y una carantoña en la mejilla.

Después de eso, creo que se siente un poco más aventurera, pues, para nuestro asombro se detiene frente al señor Carrillo y levanta los brazos, claramente buscando que la tome entre los suyos.

—Upa —le insiste al ver que el hombre no se mueve—. ¡Upaaaaa!

Para sorpresa de todos, el señor Carrillo la toma en brazos y, aunque un poco tieso, la sienta en su regazo.

Poco después, Seraphina se deja caer sobre su pecho, bostezando.

—Bueno, papá —le dice Fermin en un tono bastante alegre—, parece que oficialmente Seraphina te ha aprobado

como su abuelo.

En el rostro del señor Carrillo se reflejan muchos sentimientos, desde la desaprobación hasta el desconcierto, pero en el fondo de esos ojos tan parecidos a los de su hijo, puedo ver brillar algo más. Sí, aunque lo niegue, a él le ha encantado el gesto de la niña.

—¿Quieres acostarla arriba, en la habitación? —Pregunta Marianne al ver que la niña se ha quedado profundamente dormida en brazos de su esposo.

—Creo que es hora de irnos —afirmo, aunque todavía no sirven la cena, la situación es más bien incómoda, por ponerlo bonito.

—No se vayan todavía —pide ella en voz suave—, esta es la primera vez que vienen a casa y estoy encantada de poder recibirlos.

Volteo para encontrarme con que la mirada seria de Fermin está concentrada en mí, levanto las cejas a modo de interrogante y él contesta con un gesto que me indica que la decisión es mía.

—Pues entonces —digo—, si me dice dónde puedo acostar a la niña, nos quedaremos otro rato.

Subimos la elegante escalera curva que gobierna el vestíbulo de la casa y tras eso, seguimos por un pasillo alfombrado hasta una puerta lisa.

—No lo malinterpretes —dice ella y

no tengo idea de qué estará hablando—, todo lo que mi marido quiere es ver a su hijo feliz.

—Creo que, si no quiere mandarlo al otro lado del planeta y no verlo nunca más, le conviene bajar un poco la guardia, no sé qué esté pasando entre ambos, pero Fermin está claramente resentido.

—Ambos lo están —agrega—, mi esposo fue criado a la antigua, creció pensando en que los chicos no lloran y que deben vestirse y comportarse de una cierta manera. Cuando nuestro hijo hace unos años se dio cuenta de sus diferencias, comenzaron los problemas. Uno, queriendo imponerse y el otro a no

dejarse mangonear. Sus diferencias han llegado al punto de que mi esposo cree que Fermin es un reprimido que no se atreve a salir del closet.

—Lo sé —confieso—. Él me lo dijo.

Ella suspira y me toma de la mano.

—Cuando nos llamó a decirnos que quería presentarnos a su prometida, ambos pensamos que era un truco, ya sabes, por la discusión que tuvieron hace poco. Pero hoy, al verlos entrar supe que eso no podía ser cierto, mi corazón me lo dijo, hay algo fuerte entre ustedes, Estelle, cualquiera con dos dedos de frente es capaz de darse cuenta, mi hijo está loco por ti.

Su afirmación me deja fría, Fermin y

yo hemos alcanzado cierto nivel de comodidad estando juntos, además, está esa tensión sexual entre nosotros. Pero no hay más... nada más.

¿O sí?

Yo creí estar mareada antes de llegar aquí, ahora estoy a punto de vomitar.

—No hagas esa cara, chiquilla — dice Marianne, mi suegra—. Si te vas a casar con él.

Paren el mundo que me quiero bajar.

¿A qué hora se complicó tanto todo este lío?

No, no quiero una respuesta, ¿no sabes acaso lo que es una pregunta retórica?

—Ya ha pasado demasiado tiempo —

agrega ella agachándose para acariciar la regordeta mejilla de Seraphina—. Volvamos antes que encontremos la sala de la casa convertida en un ring de lucha libre.

Puedo decir que me cae bien la madre de Fermin, es una mujer cálida, encantadora y la rodea un aura maternal que te hace querer abrazar su delgado cuerpo. No es muy alta, tal vez un poco más baja que yo, lleva el cabello recogido primorosamente sobre la nuca y, su adorno más sobresaliente, no es el collar de perlas que engalana su cuello. No, su mayor atributo es su sonrisa.

Ella me pregunta algunas cosas, principalmente sobre Seraphina,

mientras emprendemos el camino de regreso, sin embargo, antes de que podamos poner un pie sobre el último escalón, se escuchan los gritos.

—No es necesario que arruines tu vida por llevarme la contraria —grita su padre—. Sé lo suficientemente hombre para decir lo que eres y salir del closet.

—¿Y qué? —Contesta Fermin de igual manera a los gritos—. ¿Qué va a pasar en el momento que lo admita? Vas a inventar otra excusa, basta ya, déjame vivir.

—El problema —replica él—, es que no te tomas nada en serio, ¿cómo voy a dejar mi empresa en tus manos si no eres capaz de tener el control ni de tu propia

vida?

—Haz lo que quieras con ella —le grita—. Véndela, líquídala, regálasela a quien quieras, ese no es mi problema.

—Hablas como el irresponsable que eres, ¿tienes la más mínima idea de cuantas personas dependen de mí?

—No vengas a echarme a mí la responsabilidad por tu incapacidad de aceptar que no todo mundo piensa igual que tú, ese es tu problema, no el mío. Ya te lo dije.

Gritos van y gritos vienen.

Y en tanto ellos se acusan de mil y una barbaridad, Marianne se tensa, acongojada por la situación, con el corazón dividido entre los dos hombres

de su vida.

Entre su esposo y su hijo. Qué difícil situación.

Ellos son como el agua y el aceite, sin estar ella presente, la fórmula pierde el catalizador y el desastre se desata.

—Y ahora apareces aquí, en la casa en que vivo con tu madre —lo acusa su padre, furioso—, trayendo contigo a esa vividora, ¿de qué congal la sacaste? Por Dios, hijo, si se le nota a leguas que es una puta, aunque la hayas querido disfrazar de la gran dama tirándole encima toda esa ropa fina.

Marianne me toma del brazo, no estoy segura si para mantener el equilibrio, para evitar que quien se

caiga sea yo o bien para impedir que salga corriendo.

—Con Estelle no te metas —lo escuchamos gritar—. Tú no la conoces.

—Ni quiero hacerlo —repite su padre.

—Todo está dicho —concluye Fermin—. Nos vamos, esta mierda se acabó.

—Ya quisiera yo que se hubiera terminado, para tu desgracia, y la mía, parece que apenas va comenzando. No te cases con ella, hijo. Recapacita, por favor.

Y se hace el silencio. Un aterrador silencio.

Fermin sale de la sala, con la clara

intención de venir a buscarme, se queda helado al encontrarme ahí, al pie de la escalera, con su madre apretada a mí, tomada de mi brazo.

—Voy por Seraphina, nos vamos de aquí —anuncia, pasando en medio de nosotras sin detenerse, subiendo la escalera de dos en dos.

—Lo siento, mamá —le dice besándola en la mejilla un par de minutos más tarde.

Estamos en las escalinatas de afuera de la casa, despidiéndonos.

—No más que yo, *mijo* —admite ella con los ojos llenos de lágrimas, a punto de romper en llanto.

Todavía con la niña en brazos,

Fermin se las arregla para abrazar a su madre y susurrarle algo al oído, ella asiente y lo deja ir.

—Las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas para ti, mamá —le dice besándola otra vez—. Si quieres venir a la boda, serás más que bienvenida.

Toma mi mano para conducirme hasta donde ha dejado su coche estacionado. Caminamos sin mirar atrás y sé, que esta noche deja mucho de su corazón en esas cuatro paredes.

Esta noche ha roto con su familia y a él sí que le va a hacer falta.

Capítulo 6

El regreso a casa es tenso, Fermin no me dirige la palabra ni una sola vez y, al contrario de otras veces, no pone a sonar a Lady Gaga en la radio.

En este momento desearía tener una varita mágica, poder hacer algo por él para arreglar la situación o, al menos, ofrecerle algo de consuelo.

Él no dice nada, pero veo la manera en que aprieta el volante, en que, cada que nos toca la luz roja del semáforo, su mirada se pierde en la distancia.

Al llegar a casa, ni siquiera me acompaña a llevar a Seraphina a su habitación, se va a la terraza, bajo las pérgolas de madera y se queda ahí, apoyado en la barandilla de hierro mirando al río en sepulcral silencio.

Ese silencio que grita a desesperación.

A tristeza.

Ese silencio que es el lamento de un corazón roto.

Haciendo lo único que se me ocurre, entro en la cocina y en acción. Saco unos cuantos ingredientes del refrigerador y me pongo manos a la obra sobre la estufa. El olor a sopa de pollo con fideos no tarda en llenar toda la

casa.

Sirvo dos platos y los pongo sobre una bandeja, acompañados de unas tostadas, mantequilla y el monitor de bebé de Seraphina. Me quedo mirando dentro del refrigerador, dudando en si también servirle un vaso de esas cervezas artesanales que tanto le gustan, pero al final decido que alcohol es lo que menos necesita.

Un momento después, estoy abriendo las puertas francesas que conducen a la terraza. Él sigue ahí, parado en silencio.

—Pensé que tendrías hambre —le digo con la voz temblorosa, tratando de llamar su atención.

Fermin se da la vuelta para verme, al

darse cuenta de lo que he dejado sobre la mesa de hierro levanta las cejas.

—¿Sopa de pollo para el alma? —
Pregunta acercándose a una de las sillas, sobre la que se desploma.

Me encojo de hombros en respuesta, sintiéndome de repente tímida, esperando por su rechazo.

Para mi sorpresa él tira de mi muñeca, para que caiga sentada en su regazo. Antes de tomar la cuchara entre sus dedos, envuelve los brazos alrededor de mi cuerpo, buscando mi calor con el suyo.

No dudo en corresponderle, apretándolo fuerte, fundiéndome con él.

Él se echa hacia atrás y yo deslizo,

cautelosamente, una mano por su bien afeitada mejilla.

—¿Quieres hablar de lo sucedido? No te quedes con eso dentro.

Él suspira, pero no dice nada, toma la cuchara y en un santiamén termina la sopa.

—¿No piensas comer? —Pregunta al ver que mi plato sigue intacto.

Hago el intento por levantarme, pero, con un brazo, él aprieta el agarre que tiene sobre mí, manteniéndome quieta en el lugar que estoy comenzando a sentir como mío.

—No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba esto —dice al terminar con la última cucharada.

—¿La sopa?

—Tu compañía, tontita —dice, dándome un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué estarías haciendo ahora si yo no estuviera aquí?

Él suspira antes de contestar.

—Seguramente habría llamado a Tara, al finalizar, ella estaría más enojada que yo y me sentiría como una mierda.

Nos quedamos aquí, en silencio, todavía con los brazos envueltos uno alrededor del otro. Fermin se entretiene delineando con los dedos cada uno de mis rasgos, acariciando mi labio inferior con el pulgar, como si esta fuera la primera vez que los ve.

—Eres tan bonita —murmura justo antes de besarme en la barbilla, en el mentón, en el hueco debajo de mi oreja—. Te necesito tanto... déjame hacerte el amor.

—¿Cómo? —Respondo casi sin aliento—. Tú no crees en que eso exista.

—No te conocía, Estelle —responde mientras su boca baja por mi cuello—. Ahora todo es distinto, tú me miraste con esos ojos verdes y mi mundo se puso de cabeza.

Él sigue con su asalto, acariciando con la lengua, los labios y los dientes la línea de mi clavícula.

—Ven a la cama conmigo —ruega—, sé mía.

Suya...

Eso es todo lo que quiero ser.

—Sí... —le digo antes de que pueda pensármelo mejor.

Es mi deseo el que habla, pero también hay algo más.

Inmediatamente él cambia, vuelve a ser el chico travieso y pícaro del que me estoy enamorando.

Enamorando... ¿amor?... *no vayas por ese camino, Estelle, no en este momento.*

—¿Qué tenemos aquí? —Dice, mientras sus dedos tiran de los lazos que sostienen el escote de la parte superior de mi vestido.

Siento mis pechos pesados,

hinchados, mi piel ansía recibir sus caricias, su contacto.

—¿Estas bellezas están listas para mí? —Pregunta y, al mismo tiempo, pellizca con sus nudillos mis pezones, estimulándolos, endureciéndolos.

—Eres un hombre de tetas, Fermin Carrillo.

Él se ríe ante mi declaración.

—Pronto vas a descubrir hasta qué punto —advierte.

Fiel a su palabra, se dispone a demostrarme qué tanto le gustan mis atributos, mientras me mueve, para que encaje las rodillas a cada lado de su cuerpo, quedando a horcajadas sobre él.

—Perfecto —susurra, mordiendo,

besando... madre mía... quiero más. No quiero que esto termine, ¡nunca!

Mis caderas cobran vida propia, buscando con su movimiento, lo que se aprisiona debajo del cierre de sus pantalones.

Y sigue sin ser suficiente.

Quiero sentirlo dentro.

Lo quiero a él.

Lo quiero todo.

Mis dedos atrapan su cabeza, deslizándose por los cortos mechones de su cabello, apretándolo contra mí.

—Pon las manos en el respaldo de la silla, mi amor —me ordena y no dudo en hacer lo que dice.

En esta posición estamos aún más

juntos, apretados, unidos.

Sus manos dejan mi torso y comienzan un camino ascendente por mis pantorrillas hasta la cara interior de mis muslos, subiendo la tela de la falda del vestido, mi piel se eriza anticipando lo que viene.

Un jadeo se escapa de mi boca y él responde con un gruñido.

—Tenemos que entrar, necesito tenerte en mi cama.

—¿No te sientes hoy creativo, Carrillo? —Le reto.

—Mi vida, no pongas en duda la dimensión de mi imaginación —replica—, precisamente por eso necesito tenerte en la cama, abierta y dispuesta,

no tienes idea de todas las cosas que quiero hacerte.

No, si abierta y dispuesta ya estoy.

¿Qué esperamos, entonces, para entrar?

—Agárrate de mi cuello —me pide, poco antes de levantarse de la silla, sosteniéndome por el trasero.

Mientras él recorre el espacio que nos separa de la habitación, yo le beso el cuello, la línea de su mandíbula, la comisura de los labios.

En cuanto mi espalda toca la suavidad de las sábanas un grito proveniente de la otra habitación rompe con el encanto del momento.

Él suspira, dejando caer su frente

sobre la mía, resignado. Seraphina me necesita.

—Debe tener hambre —le digo a modo de excusa—, se durmió antes de que pudiera comer.

—Voy con ella —agrega—, ve a prepararle algo, para que luego, tú y yo hagamos temblar el piso.

Así las cosas...

Mientras la leche de Seraphina se calienta, recojo los platos sucios que quedaron en la mesa de la terraza.

—Princesa —escucho decir a Fermin a través del monitor, que había quedado junto a la bandeja—, esta no es hora de jugar, debes volver a dormirte, mamá y papá tienen cosas que hacer en la

habitación de al lado, ¿sabes?

Mamá y papá —lo bonito que suena eso—. ¿Qué voy a hacer con esto que se arremolina en mi pecho y amenaza con estallar?

Escucho a mi bebita balbucear algunas cosas, haciéndolo reír.

—¿Una canción? —Pregunta él—. ¿Mi princesa quiere una *canchón*?

Al fondo escucho las risas de Seraphina, seguramente le estará haciendo cosquillas en su barriguita.

—Espero que tus tímpanos no queden permanentemente atrofiados después de esto.

Ella contesta con otra de sus palabras y él comienza a cantarle.

La letra ya la he escuchado antes, dice algo sobre que ella es su conejo de pascuas y también el espíritu de la navidad, dulce y condimentado, todo lo bonito, la niña pequeña de papá.

Justo en este momento la certeza cae sobre mí como una avalancha de la misma manera que las lágrimas ruedan por mis mejillas.

No estoy enamorándome de Fermin.

Ya lo amo.

Nada en este mundo habría tenido la fuerza necesaria para evitarlo.



Mis ojos se abren cuando la luz se cuela por las cortinas que cubren las

ventanas, ¿dónde estoy?

Un pequeño suspiro a mi lado me indica que no estoy sola.

Claro, estoy en la cama de Seraphina.

Una vez más se han cumplido las leyes de Murphy, como si de un designio divino se tratara, anoche tardamos horas, horas —no, no estoy exagerando—, en hacer que la niña volviera a dormirse.

Lo intentamos todo, todo, leche caliente, canciones de cuna, le leímos un par de cuentos y nada. Estuvimos a punto de salir con ella en el coche a dar una vuelta, a ver si eso funcionaba. Al final creo que nos quedamos dormidos primero que ella.

Me levanto de la cama con el cuerpo agarrotado y, aprovechando que Seraphina sigue dormida, me dispongo a ir a buscar a Fermin.

Abro la puerta de su cuarto, deteniéndome al escuchar el ruido de la ducha. Él canta una canción que he escuchado mil veces en la radio, una melodía de esas pegajosas que después de escucharla no te la puedes sacar de la cabeza.

Voy a mi cuarto para cambiarme el arrugado vestido con el que dormí por una camisola de seda, después sigo a la cocina para poner a hacer el café, tarareando la dichosa cancioncita — ¿ves? Es inevitable.

Que ganas de bailar, frotando su cuerpo con el mío, llenando el vacío, subiendo y bajando. Sí, eso es lo que quiero y en horizontal sería muchísimo mejor.

Cinco minutos más tarde, con una taza de café en cada mano, vuelvo a su habitación, anunciando mi presencia en voz alta.

Él abre la puerta, recibéndome con el cabello todavía mojado y una toalla abrazando su cadera, me da un beso rápido en los labios, dejándolos hormigueantes. Sonríe con picardía, bien que sabe que quiero más y confío en qué él también.

—Tengo una cita en la oficina en

poco más de una hora —se explica—, con el tráfico que hay a esta hora, tengo suerte si logro llegar a tiempo.

—Más bien con lo que tardas en arreglarte, querrás decir.

En respuesta él se ríe.

—Y si te sigues paseando por ahí con esa pijamita, es probable que no salga de casa en todo el día.

Le doy una palmada juguetona en el brazo mientras lo sigo al baño y me siento sobre el mostrador de granito. Mirándolo embobada mientras él se afeita.

A mí también me gustaría que se quedara aquí todo el día con nosotras en la cama, pero debe ir a trabajar.

Su teléfono, que estaba descuidado en un rincón, comienza a sonar y un nombre conocido aparece en la pantalla.

—Es Tara —dice antes de contestar—. Buenos días, ¿a qué se debe el honor de escuchar tu voz a estas horas de la madrugada?

Gracioso, si no es tan temprano, ya pasan de las siete.

—Fermin, tienes que encender la televisión —la oigo decir en el altavoz.

—No, gracias —contesta él—, las noticias no son lo mío, me amargan el día y ese es el trabajo de mi secretaria.

—No seas idiota —lo reprende—, esto es importante.

—Si tú lo dices... —ironiza, pero

hace lo que ella dice, sintonizando el canal local de noticias.

En cuanto lo hace el rostro de mi hija aparece en el costado derecho de la pantalla, bajo su foto, la leyenda que anuncia la alerta AMBER.

—Mierda —lo escucho mascullar en tanto mi cuerpo comienza a temblar.

Alguien me ha denunciado como la secuestradora de mi propia hija.

Capítulo 7

Mi vida entera pasa frente a mis ojos en un par de segundos. Todos los errores que he cometido, las personas a las que les he hecho daño, mis equivocaciones y también mis aciertos.

Este cuerpo ya no me pertenece, estoy viviendo en una realidad en que alguien, acusa a una madre de haber secuestrado a su hija. ¿Secuestrado? Si yo la parí, un médico cortó el cordón umbilical y, sin embargo, el lazo jamás se ha roto. A Seraphina le he dedicado

mi vida, mi ser, mis desvelos.

—¿Dónde está mi hija? —Es lo primero que sale de mi boca.

Necesito abrazarla, sentirla cerca.

Saberla mía.

Antes de que de la boca de Fermin pueda salir una sola sílaba ya me he echado a correr con rumbo a la habitación en que la dejé dormida. Ella sigue ahí, con sus ojitos cerrados, como un angelito. Mi ángel, mi luz, mi todo.

Importándome poco el hecho de que la voy a despertar, la levanto, tomándola entre mis brazos, apretándola fuerte contra mí.

Las emociones que se acumularon entre mi pecho y mi espalda, finalmente

hacen erupción.

Y, aunque Seraphina se queja, yo no puedo parar.

Fermin no dice nada, pero siento su mano caliente acariciar mi nuca, diciéndome en silencio que él está aquí, con nosotras, que ya no estamos solas. Desamparadas.

Pese a eso, así me siento.

Desamparada.

¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

En medio del mar de confusión y lágrimas en el que estoy sucumbiendo siento a la niña estremecerse, quejarse, luchando por liberarse de mi apretado abrazo.

—Estelle —murmura Fermin acariciando mis brazos casi con temor —, estás asustando a la niña.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Le pregunto levantando la vista, buscándolo.

Él no es más que una figura borrosa, empañada por el llanto.

—Voy a llamar a Reed —dice—, se supone que era el mejor, demonios, él *debería* estar enterado de esto.

—No puedo perder a mi hija, Fermin —le confieso en un gemido—, no me la pueden quitar.

—Nadie *nos* va a quitar a Seraphina —aclara—, voy a llamar al pusilánime ese y, entonces, vas a ver que tendremos

todo resuelto en un par de horas.

Él habla con tanta confianza y yo me quiero aferrar a sus palabras, porque ellas huelen a esperanza, a esas que se esfumaron cuando la noticia apareció frente a mis ojos.

Sin embargo, ese sentimiento me dura muy poco, menos de una hora después vamos en camino a la estación de policía cercana al lugar en el que vivía hasta hace unos días.

Al llegar ahí un hombre flaco, alto y medio desgarrado nos está esperando en la recepción. Fermin lo saluda y se encarga de hacer las presentaciones, es el abogado, uno al que parece estarle quedando grande esta situación.

—¿Ya sabes qué es lo que está pasando? —Le pregunta y veo en la manera en que se arquea su cuerpo que se está controlando para no sacarle las palabras a garrotazos, a duras penas.

El abogado asiente, me mira gravemente y yo aprieto el agarre que tengo sobre el pequeño cuerpo de mi hija.

—Las noticias no son buenas.

Fermin se pasa las manos por el cabello, tenso, angustiado, tanto como lo estoy yo.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar?

Nos retiramos a un rincón en la misma estancia, entonces Reed empieza

—: La señora Wanda Peterson, como abuela de la niña, presentó una petición urgente de protección a la menor, alegando que, dado el historial de violencia e inestabilidad mental de la madre, el estado debía intervenir.

—¿Historial de inestabilidad mental?

—Pregunta Fermin volteando a mirarme con la interrogante saltando por todos lados—. ¿De qué mierda está hablando esa mujer?

—Yo era menor de edad —chillo en respuesta—, se supone que el expediente está sellado.

—Estelle, ¿qué es lo que está pasando? —Insiste.

Por suerte, Reed toma la voz cantante

—: De alguna manera la demandante obtuvo esos registros y los puso en manos de un trabajador social, la orden fue dada ayer por la tarde y, en vista de que usted abandonó el domicilio en el que vivía con la niña, emitieron la alerta.

—Resuelve esto —le ordena Fermin —, para esa mierda te contraté.

—Señor Carrillo —interpela el abogado—, estos asuntos no se resuelven con la prontitud que el cliente siempre desea, hay procedimientos, investigaciones, los trabajadores sociales deben hacer su trabajo. Cuando el departamento de protección al menor mete la mano, todo se complica.

La cabeza me va a estallar, porque de todo esto lo único que puedo concluir es que, de hecho, me van a quitar a mi hija.

—Hablé con el detective a cargo de la investigación, él está esperándonos para hablar con usted, señorita Moore, le aconsejo que acepte presentarse y no se eche más tierra encima. En estos momentos usted es sindicada, sin embargo, tiene derecho a permanecer en silencio y, ellos, de ninguna manera pueden obligarla a hablar, además, le recomendaría que buscaran un abogado penalista a la brevedad posible.

—¿No puedes hacerte cargo? —
Pregunta Fermin.

—De momento sí —acepta Reed—,

pero si el caso se complica, es mejor que tengan la asesoría de alguien especializado en la materia.

—¿Eso quiere decir que además de llevarse a Seraphina, Estelle puede ir a parar a la cárcel?

Él cierra los ojos y parece pensárselo bien antes de contestar.

—Creo que lo mejor es alegar que dado a su próximo enlace nupcial, ustedes decidieron vivir juntos en el apartamento que posee en San Antonio, que la señorita Moore nunca fue notificada de que debería informar de su paradero, eso debe ser suficiente para mantenerla libre.

—¿Firmaste algo cuando recibiste la

demanda?

—Nunca tuve la oportunidad —
acepto—, la bruja esa se presentó en
casa con unos papeles que me aterraba
leer y un supuesto trabajador social, lo
siguiente que supe es que estaba con
Fermin en el rancho de Tara y Joel
Sadger.

Esa es la versión corta de lo que en
realidad sucedió, pero bueno, es lo que
hay.

—¿La van a detener? —Pregunta
Fermin, preocupado, pero eso no me
angustia en lo más mínimo, mi temor es
salir de aquí sin ella. Sin mi hija.

—A pesar de que se haya proferido
la alerta, no lo creo, al fin y al cabo, ella

es su madre y, hasta hace unas horas, era la custodia y guardiana de la niña.

Él no dice nada con respecto a Seraphina, eso pone mis piernas a temblar, Fermin se da cuenta, así que mientras caminamos hacia el escritorio del detective, su brazo se curva protectoramente sobre mis hombros.

Sosteniéndome.

Apoyándome.

Convirtiéndose en mi escudo, ese que tanto necesito.

Un hombre bajito y barrigón que se identifica como el detective Myers nos recibe frente a una anodina mesa de trabajo llena de papeles.

Toma su teléfono tras presentarse

diciendo tres palabras que me suenan a sentencia de muerte—: Ya está aquí.

Tras eso cuelga y vuelve a centrar su atención en nosotros.

Reed comienza con una breve explicación de los hechos y del porqué de mi supuesta desaparición.

—Un juez consideró, después de tener en cuenta las pruebas, que la seguridad de la niña estaba en peligro —dice.

—¿En peligro de qué? —Chillo y Fermin pone su mano en mi pierna pidiéndome calma, Seraphina se remueve en mis brazos, pero por fortuna no llora—. Han sido casi dos años, señor, me he equivocado, sí, pero

también he hecho todo lo que he podido para mantenerla segura y feliz. Me he partido el lomo trabajando como una burra.

El detective me mira y creo que hasta se molesta un poco ante mi tono, luego, abre la carpeta que contiene el expediente del caso.

—Robo a mano armada —espeta, enumerando los hechos—, vandalismo, conducción temeraria, su pasado es bastante interesante.

Aunque no volteo a verlo, siento la mirada penetrante de Fermin sobre mí, preguntándose en silencio de qué diablos está hablando el policía.

—¿De dónde sacaron esa

información? —Protesto—. Yo era menor de edad, esa información no es pública, por orden de un juez.

—¿No lo niega usted entonces? —
Pregunta levantando las cejas.

—Los hechos fueron probados en juicio, detective —respondo con una seguridad que no tengo idea de dónde ha salido, seguramente de la niña que sostengo en brazos—. No tenía idea de lo que iba a pasar aquella noche, yo estaba en el coche mientras Kevin Peterson, el padre de mi hija entraba en la tienda. Me enteré de lo que había sucedido unos minutos más tarde, cuando una patrulla nos detuvo.

Una mujer afroamericana, vestida con

un traje marrón se acerca a la espalda del detective Myers.

—Todo está arreglado —anuncia.

El policía no dice nada, sólo asiente y ella se dirige a nosotros extendiendo los brazos.

Su intención es clara.

Ella quiere arrancarme a Seraphina.

Miro para todos lados esperando a ver en qué momento alguien me pellizca y puedo despertar de esta suerte de pesadilla.

—¿Fermin? —Susurro.

—Haz algo, Reed —grita él.

—Tranquila, señora —agrega el detective—, la señorita Poots, va a cuidar de la niña en un lugar tranquilo,

en tanto nosotros llegamos al fondo de esta situación.

Miro a Fermin que me aprieta contra su costado, después al abogado, quien asiente viéndome con compasión.

—Mi niña no molesta, ella puede quedarse conmigo, además, ella no conoce a esa mujer —replico.

—Poots —dice él y cada una de esas cinco letras me sabe amarga, interminable.

La mujer se vuelve a acercar a nosotras y, mientras ella toma a Seraphina por los brazos, yo la aprieto contra mi cuerpo.

—¡No! —Protesta mi hija, intentando soltarse de sus recias manos—. Mami,

no.

Y así, sin ninguna suavidad, esa mujer me arranca el alma. Tengo que sofocar mis gritos, porque siento que la vida se me va con ella, que se la llevan lejos, mientras mi hija chilla y se remueve en sus brazos.

—¡Mami! —Grita una y otra vez.

Sólo los brazos de Fermin me mantienen anclada a la silla, evitando que salga corriendo detrás de ellas. Sin embargo, mis ojos las siguen a cada paso, hasta que llegan a una puerta y ellas se pierden tras de ella.

—Señorita Moore —comienza a decir el detective—, entiendo que esto...

—Cállese, idiota —lo reprende Fermin sin importarle dar gritos—, le acaban de quitar a su hija, déjela en paz.

A lo lejos, escucho al detective mascullar unas cuantas cosas, pero nada de eso me importa. En todo lo que puedo pensar es en el agujero que me acaban de abrir en el pecho, ese mismo que no hace más que expandirse.

—Pronto saldremos de aquí con ella, Estelle —murmura acariciando mi cabello—, tranquila, mi amor, tranquila.

Quiero creerle, juro que quiero creerle, pero esa voz inquieta dentro de mí, me grita que no. Que si hoy regreso a casa lo haré sola.

Una pequeña botella de agua aparece

entre mis manos y, minutos después, hago el esfuerzo por darle un par de tragos.

Fermin me mira con ternura y seca mis lágrimas con los pulgares.

—¿Lista? —Pregunta tras un rato.

Las palabras no salen de mi boca, pero asiento lentamente, mostrándome de acuerdo, entre más rápido terminemos con las preguntas, más pronto volveremos a casa trayendo a Seraphina con nosotros.

—Señora Moore, ¿qué hay de la compra de un poderoso medicamento opiáceo que hizo hace apenas unas semanas?

—¿Qué? —Pregunto, porque la

verdad no tengo ni la menor idea de qué está hablando.

—Señora, ¿compró usted Oxycodoma el trece de agosto con una receta falsa?

—¿De qué está hablando?

—Según los registros que la señora Peterson entregó como prueba al juez, están compradas repetitivas de este medicamento en una farmacia cercana a su casa. ¿Lo niega usted?

—¡Claro que lo niego! —Aseguro—. Jamás he comprado esas cosas, no sé ni para qué sirven.

—Detective —interviene Reed, finalmente—, entiendo que todo esto es parte de la investigación consecuencia de la supuesta desaparición de la niña,

pero aquí hay bastantes irregularidades, un expediente sellado, al que no se debía tener acceso. Cargos por drogas que jamás han sido probados y, como puede usted ver, la menor está en perfecto estado de salud. ¿Por qué no desestimamos esta locura y nos vamos a casa?

—Ya quisiera yo —responde él—, pero para eso, sólo el juez tiene potestad, yo estoy aquí para seguir el procedimiento y llegar al fondo de todo esto.

—Entonces traigan a la niña de regreso con su madre y veámonos de nuevo frente al juez, estoy seguro de que la fiscalía *estará feliz* de trabajar con

usted.

Aún en mi estado de nervios, no se me escapa el sarcasmo.

—Vamos a llenar el papeleo —dice —, podrá irse a su casa, señora Moore, pero necesito que esté localizable, procure no salir de la ciudad.

—¿Y Seraphina? —Irme es lo de menos si no puedo hacerlo con ella.

—Señora, yo estoy aquí para cumplir con la ley y, en este momento, un juez le ha concedido la custodia temporal de la menor Seraphina Peterson a su abuela paterna, la señora Wanda Peterson.

—Haga algo, abogado —gritamos Fermin y yo al mismo tiempo.



Salir de esa estación de policía dejando ahí a mi hija es la cosa más horrible y desgarradora que he tenido que hacer alguna vez.

Ninguno de los golpes que recibí a manos de Kevin dolió tanto. Nada en el mundo se puede equiparar a esto.

En absoluto.

Nada.

De la misma manera nada puede consolarme. Llego a casa y corro directamente a la habitación de la niña, lloro aferrada a las sábanas que todavía huelen a ella, mientras Fermin acaricia mi espalda y murmura palabras de

consuelo.

—Te prometí que conservarías a tu hija, Estelle, te prometo que ella va a volver, te lo prometo, mi amor.

Sus palabras se han convertido en una letanía y ellas en mi oración.

—¿Cómo lo sabes? —Pregunto al fin.

—Porque las promesas se hicieron para cumplirse —asegura, abriendo los brazos para que yo me pierda en ellos —, al igual que los sueños. Yo me voy a encargar de ello, Estelle, te lo juro.

Escuchando sus seguras palabras me dejo envolver por las arenas del sueño, que me arrastran por terribles visiones de una vida solitaria y vacía.

Sin Seraphina.

Sin él.

Sin motivos.

Muerta en vida.

Tarde, mucho más tarde, me despierto en otra cama, en la misma que he dormido todas las noches, con Fermin a mi lado y un presentimiento oprimiéndome el pecho.

—Fermin —susurro, despertándolo—. Fermin.

—¿Necesitas algo? —Pregunta adormilado, con los ojos llenos de preocupación.

—Llévame a la casa de la señora Peterson —le pido levantándome sobre un hombro, para poder verlo mejor.

Él me mira en silencio, pensando qué

responder.

—Sabes que no podemos ir a ver a Seraphina, Estelle, nos han dado una cita para una visita supervisada, es lo que por ahora tenemos.

—Tengo que verla —le ruego—, saber que está bien, mi niña no conoce a esa mujer, llévame, por favor.

—Sabes que esto sólo va a ocasionar más problemas —lo escucho decirme.

—¿Ahora eres un cobarde, Carrillo?
—Le pregunto levantando una ceja.

—Jamás —responde él, antes de erguirse y darme un beso sobre los labios—. ¿Quieres ver a Seraphina? Tus deseos son órdenes para mí.

Capítulo 8

Son más de las diez cuando por fin llegamos a la calle en que la señora Peterson tiene su casa.

—¿Estás segura que esa mujer sigue viviendo aquí? —Pregunta al ver las luces apagadas de la residencia frente a la que le he pedido que estacione el coche.

Abro la portezuela para bajarme, encuentro el buzón del correo con su apellido escrito en letras negras y levanto una ceja.

—Es una mujer tradicional —me explico—, y este siempre ha sido su hogar.

No se ve ni una sola lámpara prendida por toda la casa, a pesar de que tocamos el timbre mil veces y llamamos a la puerta, nadie viene a atendernos.

—¿Quieres esperar? —Murmura señalando hacia la calle—. Supongo que a estas horas ella estará por volver. Podemos sentarnos un rato y ver qué pasa.

A pesar de la inquietud que me carcome el alma, sigo sus pasos para volver al auto, pero no seguimos el mismo camino por el que vinimos hace

unos minutos, esta vez, y sin razón aparente, recorreremos un sendero empedrado que conduce a la cochera.

—¿Qué mierda? —Una especie de humo grisáceo sale por debajo de la puerta.

—Fermin, se está incendiando —chillo al ver que no para de salir—. ¡Seraphina debe estar adentro!

Quiero llamar su atención, pedirle que haga algo, pero no es necesario, como un gato ya está trepando por la pared, ayudado por la verja de la cual cuelga una enredadera, intentando alcanzar los pequeños cristales que coronan la puerta.

—¡Llama a emergencias! —Grita tras

unos segundos.

—¿Qué pasa? —Quiero saber.

—¡Estelle, llama al novecientos once, ahora! —Insiste y, a pesar de que me tiemblan los dedos, alcanzo a sacar el celular y marcar el número de emergencias.

Una operadora me atiende rápidamente y cuando ella pregunta la naturaleza de la emergencia le explico que hay humo saliendo del garaje de la casa y que, presumiblemente, mi hija y la señora Peterson se encuentran dentro.

Fermin se ha tomado muy en serio eso de que acciones y no palabras, colgado del techo, agarrándose de las canaletas para el agua de lluvia, pateo

una y otra vez la vieja madera del portón.

Cierro los ojos, temiendo lo peor, hasta que con un grito me anuncia que ha logrado quebrar una de las viejas tablas.

Es mitad gato, lo juro, de otra manera no logro explicarme su capacidad para colgarse, saltar y entrar.

—El coche está adentro —grita—con medio cuerpo dentro de la cochera.

—¿Ves a Seraphina? —Pregunto igual, a los gritos.

—Es el coche —responde, sin dar mayores explicaciones.

Un par de minutos de incertidumbre más tarde, la puerta se abre, dejando salir tras de sí el apestoso tufo del

escape del motor.

—¡Ayúdame a soltar esta cosa! —
Grita.

Sigo parada en el mismo lugar,
paralizada, aterrada.

—No entiendo por qué siempre
complican tanto estas mierdas, con estos
cierres imposibles —lo escucho
refunfuñar a medida que me acerco.

—¿Está bien? —Pregunto al ver a
Seraphina dormida, con la cabeza caída
hacia un lado.

—¿Princesa? —La llama, moviendo
su cuerpecito—. ¿Seraphina?

La niña no contesta, no se mueve, no
despierta. ¿Qué le hizo esa mujer?

—Tranquila, amor —murmura—,

está respirando.

Esas palabras me suenan a magia. A alivio, a bendición.

A lo lejos oímos las sirenas de los vehículos de emergencia.

—Ya era hora —digo finalmente.

—Lleva la niña afuera para que tome el aire —ordena, moviéndose a la puerta del conductor, buscando a la señora Peterson.

—Intoxicación por monóxido —grita el primer bombero que se acerca hasta donde estamos en el suelo.

El humo comienza a disiparse, pero pronto todo se convierte en una tormenta de gente yendo y viniendo. Hasta que un hombre vestido en un uniforme azul, con

una insignia bordada sobre el bolsillo izquierdo, insiste en arrancarme a la niña de los brazos.

Aquí vamos otra vez.

—Tranquila, señora —insiste el técnico antes de tenderme la mano para que me levante, él sonrío ante mi desconfianza. No es la primera vez que escucho esas palabras hoy. Ya no le creo a nadie—. Puede venir con nosotros.

Así pues, es otro cantar.

Caminamos con prisa hasta una camilla sobre la que tienden a Seraphina. El técnico hace su trabajo, para el que parece tener bastante experiencia.

—Nos vamos al hospital —anuncia,

empujando la camilla hasta las puertas abiertas de la ambulancia.

Él no me pregunta si voy a acompañarlos, ni yo tampoco pido permiso, simplemente lo sigo y me siento en la banca metálica que hay al otro lado.

Mi niña se ve pequeña y desvalida, como una bella durmiente demasiado pálida.

Dios no me la quites, por favor no te la lleves.

He estado a punto de perderla y me la has regresado. No me la quites, por favor.

Justo cuando están por cerrar las puertas de la ambulancia, resuena algo

parecido a un trueno, pero mucho más cercano. Mientras nos alejamos alcanzo a ver las llamas que salen de la cochera de la casa.

Y soy consciente de algo, dolorosamente consciente.

Fermin no está.

Se quedó adentro.

Tratando de contener el nudo que se forma en mi garganta, miro a mis manos que habían estado quietas sobre mi regazo. De repente, el espacio entre mis dedos se siente vacío.

Faltan los suyos para llenarlo.

Capítulo 9

Quisiera tener la suficiente entereza para describir lo que siento en este momento, pero no la tengo, me falta.

Son tantas cosas y al mismo tiempo es un vacío que lo consume todo. Quiero gritar y también convertirme en silencio, para que nadie se dé cuenta de que estoy aquí. Quiero fundirme con los muros y, de igual manera, quiero salir corriendo sin mirar atrás.

El día que comenzó como algo horrible, está lejos de terminar, sin

embargo, como el sol tras un día de tormenta, mi ánimo se va para arriba en cuanto lo veo cruzar las puertas de la sala de espera. Su mirada frenética me busca y en cuanto me encuentra parece relajarse.

Su camisa está arrugada, se ha despeinado y jamás, nunca, lo había visto más atractivo.

Tan perfecto.

—¿Qué pasó en la casa? —Quiero saber, que me lo cuente todo.

—La carcacha de la loca esa —Lo miro y me parece increíble, es un milagro.

—Parece que la señora había fraguado hasta un plan alternativo, por si

lo del monóxido fallaba.

—¿Lograron sacarla a tiempo?

—Afortunadamente todos estábamos en el jardín, aunque la mujer esa mereciera arder en el infierno.

—¿Dónde estabas? — Yo vi llamas, escuché la explosión—. Pensé que te habías quedado atrapado en medio de ese infierno.

—Que va —responde él moviendo los hombros—. Hierba mala nunca muere.

Su descaro me hace sonreír, a pesar de la situación de mierda en que estamos metidos, me hace sonreír.

—¿Te han dicho algo? —Pregunta hincándose ante mí.

—Todavía nada —admito—. No me dejaron ir con ella, Fermin, los seguí, los seguí por ese pasillo y ellos me dieron con la puerta en las narices, soy su madre y se la llevaron...

Él envuelve sus brazos alrededor de mi cuerpo, confortándome con su calor.

—Mi amor, los médicos necesitan espacio para poder atender a Seraphina, ella está en buenas manos, ya me he encargado de eso.

Su tono tan seguro me llena de fe, de esperanzas. Y...

—¿Qué hiciste, Fermin?

—Nada —responde fingiendo inocencia, entorno los ojos, porque no le he creído ni un poco—. Bueno —admite

—, tengo un par de conocidos en el hospital, así que antes de venir contigo hice unas cuantas llamadas, nada importante.

Influencias, esas nunca sobran, como tampoco el dinero. Y hablando de dinero...

—No les dejarías tu tarjeta de crédito, ¿verdad?

—Puede —contesta y mueve los hombros, con ese gesto suyo desfachatado.

Con la cabeza sobre su hombro, estoy a punto de quedarme dormida, cuando aparecen Joel y Tara. No pierdo el tiempo ni preguntándome quién pudo haberles avisado, la respuesta es clara.

—Dios mío, Estelle —murmura Tara sentándose en la silla de plástico vacía a mi lado—. Lo siento tanto, si algo le pasara a Greta me volvería loca, agradezco al cielo que nuestros problemas quedaran resueltos antes de que quedara embarazada.

—¿Problemas? —Nada mejor para distraerse que escuchar a otras personas relatar su historia.

—Ya te enterarás en otro momento —dice—. Ahora lo más importante es que Seraphina y tú estén bien, ¿ya comieron algo?

—Apenas he conseguido que pase un par de tragos de agua en todo el día, desde que salimos de la comisaría sin la

niña... —Ese hecho no requiere de mayor explicación, Tara asiente, comprendiendo—. Si puedes forzarla a comer, te estaría agradecido.

—Pues ya está —dice ella levantándose y dando una palmada—, nos vamos a la cafetería.

—Primero necesito noticias, que alguien venga y me diga algo de mi hija.

—Tara, quédate aquí con Estelle, Joel y yo vamos a ver qué les sacamos a las enfermeras, necesito que él se camele a una mientras yo me encargo de la otra.

Con su carisma, seguro ninguna tiene posibilidades, pero a Tara el chistecito no le ha causado ni cinco de gracia.

Después de fulminar a Fermin con la mirada, le ofrece a su marido una advertencia silente.

—Yo no he dicho nada, mi vida — responde Joel—. Vámonos, Aferminado, antes que la termines de liar con mi mujer, me gusta mucho mi cama, como para irme a dormir al sofá.

Fermin contesta algo que ya no alcanzo a escuchar, pues han salido al mostrador como un par de exploradores a la caza de información.

—¿Qué es eso del Aferminado? —Le pregunto a Tara—. Van dos veces que escucho a tu marido llamar así a Fermin.

Ella se ríe y su carcajada es contagiosa.

—Hace años —empieza—, poco después de haberme casado con Joel, Fermin volvió de Italia y se presentó en la casa a revolucionarlo todo, ya sabes. —Sí, bien que lo sé—. Mi amigo tiene una personalidad colorida, única, así que mi machote de Texas pensó que él era algo...

—Aferminado —concluyo.

—Exactamente, así que desde entonces tiene el motecito y no creo que tenga para cuando cambiárselo.

—Peterson —grita un hombrecillo de aspecto oriental que acaba de entrar a la sala.

La sonrisa desaparece de mi rostro inmediatamente, su semblante no refleja

nada bueno y, ese, es mi mayor temor.

—¿Cómo está ella? —Le pregunto nada más levantarme.

—Señorita —saluda—, la paciente, como usted bien sabe, llegó al hospital en condiciones muy críticas, logramos estabilizar su ritmo cardíaco, sin embargo, poco después sobrevino un ataque, hicimos todo lo posible, lo siento mucho.

Nada pudo haberme preparado para una noticia como esta.

Negro, mi mundo se vuelve negro.



—Por fin te decidiste a abrir los ojos —dice una voz suave mientras sus

labios pasean por mi frente.

—Seraphina —mi primer pensamiento vuela a ella.

—Cálmate, Estelle —murmura—, no te hace bien agitarte de esa manera.

—¿Cómo diablos me pides que me calme si mi hija? —Lloro al recordar lo que el doctor me dijo—. Es mi hija, Fermin, mi hija.

—Entonces, mi amor, si te tranquilizas, tal vez así el ropero disfrazado de enfermera que supervisa esta zona te dé luz verde para que subamos a la quinta planta y la puedas ver.

—¿Ver? —Trato de levantarme, pero no puedo hacerlo, presto, él me ayuda

— Si el médico dijo que ella...

Dios, no puedo ni repetirlo.

Duele demasiado.

—Seraphina está viva, delicada, pero viva —susurra—. Hubo una confusión, al llamarte, el idiota ese no especificó de cuál de las dos Peterson estaba hablando y pues...

Y pues yo pensé lo peor.

—¿Ella está bien? —Él asiente en respuesta—. ¿Está viva? —Vuelve a hacerlo—. ¿Podemos ir a verla? —Pregunto con una sonrisa y su expresión se torna torva.

—Bueno —dice—, es hora de sacar a relucir lo mejor de mi material.

Me da un beso en los labios y sale

del cubículo con ese andar que sólo a él le sienta bien. Me río al recordar lo que pensó Joel al conocerlo, vaya que yo también pude haber creído lo mismo.

—¿Va a despertarse pronto? —Le pregunto a la enfermera encargada de hacer guardias en la sala de cuidados intensivos infantil en la que se encuentra Seraphina.

Como dijo Fermin, mi hija está delicada, pero viva y, por ahí dicen, que mientras hay vida hay esperanza.

Hoy le harán nuevos exámenes, para ver qué concentración del gas sigue circulando por su sistema, precisamente es esa la razón por la que la enfermera está aquí.

—El problema de la intoxicación por monóxido —explica ella—, es que la recuperación es lenta, depende del tiempo que dure la exposición a las emisiones, la edad del paciente, su estado físico. —Mira a Seraphina antes de proseguir—. Es una belleza, los niños a esa edad son más fuertes de lo que nos imaginamos, estoy segura que cuando menos lo espere la tendrán en su casa haciendo travesuras.

—Eso, enfermera —agrega Fermin—. Es música para nuestros oídos.



Estando en el hospital las horas pasan lento, cualquier ruido extraño

puede ser desesperanzador y, de la misma manera, cualquier pequeño movimiento te renueva la fe.

Para cuando por fin el detective Myers se presenta, francamente ninguno de nosotros tiene cara de recibirlo.

—Ahí tiene la gran seguridad que la mujer esa le podía ofrecer a la niña —le suelta Fermin en cuanto lo ve—. Por su culpa casi se muere, imbécil.

—La justicia es ciega, señor Carrillo —responde él tan pancho—. Por eso necesita pruebas para guiarse, el juez consideró que la abuela de la pequeña representaba mejor sus intereses.

—Era una vieja pirada, por el amor de Dios —responde Fermin con

amargura.

De mi boca no sale ni una palabra, eso es un alivio, a decir verdad, porque si Fermin no ha tenido ningún miramiento a la hora de decir lo que piensa, me temo que yo sería mucho peor.

—Hoy —dice el detective—, descubrimos que la señora había vendido su casa y el dinero ha desaparecido, asuntos internos está investigando, pues se teme que se haya utilizado para pagar algún soborno por ahí.

—Asegúrese de que no haya ido a parar a su cuenta —le suelta.

—Si eso es todo lo que nos ha venido

a decir, se puede ir —lo despido—, Seraphina nos necesita.

Él se aclara la garganta antes de continuar.

—Señorita Moore, he venido, porque otra cosa que se encontró en el lugar de los hechos fue una carta dirigida a usted, estaba en la mesa de la cocina de la señora Peterson.

Él me pasa un sobre blanco, en el cual está escrito mi nombre en una impecable letra cursiva.

El detective se va, dejándome con lo que se siente como una bomba de relojería. Pasan horas antes de que la curiosidad me gane y finalmente me decida a abrirla.

Por suerte, no es una carta muy larga, tan sólo un par de renglones en los que puedo confirmar que la mujer estaba más loca de lo que imaginaba.

—¿Qué dice? —Pregunta Fermin, el silencio lo está matando, o más bien, las ganas de enterarse.

—Le estaba llevando la niña a Kevin —murmuro con un nudo en la garganta—. Dice que él le pidió que lo hiciera, para que estuvieran los tres juntos.

—De verdad le hacían falta más que un par de tuercas.

—Perder un hijo no es fácil, después de que mataran a Kevin en esa horrible pelea en la cárcel, ella no quedó bien, jamás se repuso. Esto fue consecuencia

de ello, en medio de su dolor debió creer que estaba haciendo lo correcto para su hijo.

—Sólo tú hablaría así de una persona que acaba de poner en riesgo la vida de tu hija.

—La perdono, Fermin —confieso—, quiero que se vaya y que nunca más vuelva a atormentarnos, ni siquiera en sueños.

—Ya se ha ido, mi amor —murmura, abrazándome, haciéndome sentir a salvo—. Y pronto, Seraphina va a volver a ser la misma de siempre.

Rato después, cuando el médico ya ha pasado a hacer su ronda, tocan a la puerta e imaginamos que es la enfermera

de turno, dispuesta a sacarnos de la habitación a como dé lugar. Pero, para nuestra total sorpresa, al asomarnos, nos encontramos ahí con los rostros desencajados de los padres de Fermin.

—*Mijo* —le dice su mamá mientras le tira los brazos al cuello—. Vinimos en cuanto Tara nos avisó, pero aquí las enfermeras no nos dejaron pasar hasta la hora de visitas.

Fermin masculla unas cuantas cosas no muy bonitas sobre su amiga, hasta que su madre le da un suave golpe en el brazo y lo reprende, recordándole que Tara es más que su amiga, su hermana y que está tan preocupada por Seraphina como ellos.

—Padre —lo saluda en un tono tan frío que hasta me ha puesto los pelos de punta.

—Eres un hombre —responde él—. El que siempre quise que fueras.

Nos miramos sin saber a ciencia cierta qué ha querido decir con esas palabras.

—Cuando te dije que quería que hicieras algo con tu vida...

—Cuando trataste de imponerme tu manera de pensar, que es distinto — replica Fermin.

Su padre cambia el peso de un pie a otro, claramente incómodo.

—Lo único que pretendía, hijo, es que sentaras cabeza, que por fin te

decidieras a tener una familia, fuese cual fuese tu preferencia.

Fermin levanta una ceja, incrédulo ante la admisión de su padre.

—Aunque no lo creas, te hubiera aceptado de cualquier manera, eres mi hijo —termina orgulloso.

—Entonces, ¿por qué diablos insultaste a Estelle?

—Porque quería saber si era amor de verdad —agrega.

—Estoy harto de tus pruebas, papá —espetea Fermin—. Deja de gobernar mi vida, ocúpate de tus propios asuntos.

El señor Carrillo se ríe, pese a lo absurdo de la situación, el hombre suelta una carcajada.

—Tu madre lleva diciéndome eso desde que saliste de la casa —admite—, ven y dame un abrazo, a ver si ya puedo regresar a mi habitación, estoy harto de dormir solo.

—No había ninguna necesidad de soltar tanta información —responde Fermin con cara de asco.

—Pronto serás un hombre casado y sabrás a lo que me refiero. *Esposa feliz, vida feliz.*

Su padre lo abraza primero, apretándolo con fuerza, al principio Fermin se resiste, aferrándose a su enojo, pero pronto se suaviza y vuelve a ser, en brazos de su padre, un niño pequeño.

Lágrimas, esta vez de felicidad, nublan mis ojos y trato, en vano, de contenerlas. La mano de Marianne envuelve la mía mientras los observamos en silencio, padre e hijo, abrazándose, perdonándose, dejando el pasado atrás.

—Gracias —murmura Marianne y, por primera vez, desde que el desastre comenzó siento que el río está volviendo a su cauce, si ocurrió este milagro, es porque, seguramente, Seraphina va a estar bien.

Tiene que estarlo.

Capítulo 10

Me siento como una ingrata.

Como una mujer de lo peor.

Debería estar feliz, sentirme plena, realizada y, sobre todo, tranquila. Y, aunque el mayor de mis problemas está solucionado, me siento derrotada, sabiendo que al ganar también he perdido.

Lo he perdido a él.

Ha llegado el momento del adiós, es hora de volver a mi realidad, a mi casa, al trabajo que abandoné y olvidarme de

esta fantasía. Del sueño maravilloso que ha sido tenerlo a mi lado por estas breves semanas.

Ayer, precisamente se cumplieron quince días desde que sacamos a Seraphina de la cochera de la señora Peterson, como no se han presentado síntomas de daño cerebral, el médico le ha dado de alta. Así que tuvimos una cena de celebración en casa de los padres de Fermin, en la que por supuesto, Seraphina fue el centro de toda la atención. Ella estaba dichosa, disfrutando por primera vez en su vida de tener unos abuelos que la quieren.

Aunque sean unos abuelos prestados. Unos que, lamentablemente, no va a

volver a ver.

Ahora estoy aquí, parada frente a la cama, mirando las dos viejas bolsas de viaje con las que llegué aquí pensando qué empacar.

No tengo derecho a llevarme nada, Fermin pagó por todo esto y le pertenece, sin embargo, tampoco puedo poner en la maleta ninguna de mis cosas, las manos no me dan para hacerlo.

Como ya se nos ha hecho costumbre, Seraphina no está por aquí, desde que Fermin volvió de la oficina está con él en la terraza, mostrándole lo mucho que ha perfeccionado el difícil arte de dar vueltas sobre su propio eje, hasta marearse y caer sobre su bien acolchado

trасero. Él, por supuesto, es incapaz de negarle nada, se deleita en cualquier cosa que la niña hace, le encantan sus risas, sus ocurrencias y, al verlos juntos, mi corazón se derrite.

Lo dicho, tengo que irme de aquí mientras pueda.

Cobarde, sí, pero quiero conservar algo de mi dignidad, temo que en cualquier momento él venga a ponernos de patitas en la calle.

—¿Qué haces? —Hablando del rey de Roma y él que se asoma.

—Decidiendo qué empacar — respondo sin voltearlo a ver, no sería capaz.

—¿Vamos a algún lado?

Su pregunta me irrita, ¿qué no se da cuenta?

Lo fulmino con la mirada antes de contestar.

—No, Fermin —lo contradigo—. Seraphina y yo nos vamos.

—Pero, ¿para dónde?

—A mi casa, a mi vida, ¿a dónde más?

—¿Por qué, Estelle? —Pregunta de mala gana, enfurruñado.

Aquí va la amarga verdad.

—Porque tú ya no me necesitas, porque te arreglaste con tu padre, porque el peligro ha pasado. —Mi garganta se ha quedado tan seca como mis labios, él me mira y por sus ojos

cruzan mil interrogantes y también algo de rabia, está a punto de ebullición—. Cumpliste tu promesa, Fermin, es momento de retomar mi vida, es momento de decir adiós.

—Esto es una mierda, Estelle, una mierda —protesta mientras comienza a caminar de un lado a otro de la habitación, pasándose los dedos por el cabello vigorosamente—. ¿Qué va a pasar con Seraphina?

—¿A qué te refieres? Seraphina va a estar bien, va a estar conmigo.

—¿Y yo qué? —Reclama—. ¿No te importa lo que yo pueda sentir?

Si es por eso que estoy haciendo esto, precisamente.

—Fermin, te estoy dejando libre, para que tú también hagas tu vida sin sentirte atado, sin sentirte comprometido. Sin anclas, ni piedras en los zapatos.

—¿Piedras en los zapatos? —Grita —. ¿Anclas? ¿De qué mierda estás hablando?

Tengo que contenerme para no gritar igual que él.

Quiero hacerlo, pero para rogarle que me ame como yo lo amo a él, para implorarle que me quede a vivir aquí, con él, para que estemos juntos para siempre. Pero no puedo, él tiene que seguir adelante y nosotras también.

Aunque me cueste reconocerlo, esa

es la verdad.

—Fermin, ambos sabemos que el nuestro era un compromiso de pega, una broma, una tapadera para que tu padre te dejara en paz, ahora que han hablado y que eso ha quedado en el olvido puedes seguir disfrutando de tu soltería y, llegado el momento, encontrar una mujer que se adecúe a ti, a tu mundo.

Él suspira y, por un momento, centra su mirada en el techo del apartamento. Debe estar pidiéndole al Todopoderoso por la sabiduría para despacharme y que no duela tanto.

—¿No te quieres quedar? —Pregunta tras unos segundos de silencio.

—Lo que yo quiera no es relevante,

estoy intentando hacer lo correcto.

¿Lo correcto para quién? Es la pregunta del millón.

—¿No me quieres?

—Ese es un golpe bajo, Fermin. —
Justo en donde más duele y duele tanto,
como respirar con las costillas rotas—.
Claro que te quiero.

—Sé que me quieres, Estelle, la
pregunta es, ¿me amas?

Ouch, directo a la lona. Knock out.

—Fermin, yo... —comienzo, pero el
nudo en mi garganta me impide seguir.

—Dímelo, Estelle —demanda—,
dime que me amas y asunto arreglado.

—Ojalá fuera tan sencillo —susurro.

—¿Por qué demonios no puede

serlo?

—No te quiero obligar a nada —me excuso—, eres un gran partido, cualquier mujer se enamoraría de ti hasta el tuétano.

—¿Pero tú no?

Ya me sacó el tapón.

—Claro que lo hago, idiota, ¿qué no te das cuenta?

Él se ríe, el maldito Aferminado tiene el descaro de reírse. Si tuviera fuerzas lo patearía.

—Seraphina —dice en voz alta, llamando a la niña.

Un momento después, ella entra en la habitación trayendo consigo un ramo de rosas blancas bastante maltratado.

—Prometo que no estaban así hace un rato —se defiende.

—¿Para mí? —Pregunto cómo una idiota. Me salen arcoíris de las orejas.

—Si logras que Seraphina se desprenda de ellas —bromea—. ¿Qué más tienes para mamá?

Ella tira las flores al piso, sale corriendo del cuarto y vuelve a toda prisa trayendo consigo una bolsita plateada que le entrega a Fermin sin pensárselo dos veces.

He estado tan distraída viendo a Seraphina, que no me di cuenta de que Fermin se ha arrodillado frente a mí, como si él...

Justo como si...

—Estelle, me enamoré de ti sin saber lo que era el amor en realidad, llegaste a la casa, trayendo a una criatura que me robó el corazón antes de que me diera cuenta. Me enamoré de ti porque nadie me hace sentir en la manera que tú lo haces. Sigo enamorado de ti todos los días porque no hay nadie más que tú con quien imagine mi futuro, se mi esposa, sácame de esta miseria, cástate conmigo.

Ha sido una declaración dramática a más no poder, pero también increíblemente romántica, enternedora, una declaración que refleja quien es él y lo que soy yo.

Una declaración que habla de lo que hemos vivido, pero no de lastres, ni

cadena, una declaración que habla de un amor libre, como el que él se merece, como el que nos merecemos.

—Si —contesto, aunque de inmediato pienso en que debería haber dicho algo más, tal vez algo que igualara sus palabras, sin embargo, de mi garganta seca no logra salir otra palabra.

Él no parece necesitar más, levantándose, me toma por la cintura, alzándose para dar vueltas riendo igual que unos tontos. Unos tontos enamorados.

—Mamá dijo que sí, princesa —le dice a Seraphina, quien se pone a bailar dando palmas, como si ella alcanzara a dimensionar lo que de verdad está

ocurriendo—. Ahora, esas manos tuyas necesitan algo brillante.

Busca la bolsa plateada que la niña ha traído y saca de ella dos cajitas negras, una un poco más grande que la otra.

—Para mi princesa —dice, llamándola.

—¿Qué le compraste? —Pregunto realmente intrigada.

—Vamos a ser una familia —se explica—, oficialmente, así que Seraphina también debía tener un símbolo de esta unión.

Dicho esto, le acomoda la cadenita de la que pende un diamante redondo.

—¿No te parece que es demasiado?

Si es una niña.

—Los diamantes duran para siempre, además, son los mejores amigos de una chica. Mañana mismo pienso poner al idiota de Reed a trabajar, ese apellido Peterson no va con su personalidad, Seraphina Carrillo suena mucho mejor.

—¿Estás seguro? Fermin, adoptarla es un compromiso para toda la vida.

La mirada que me lanza deja claro y, sin lugar a dudas, que se está tomando el asunto en serio.

—Y esto —murmura sacando un anillo de la otra cajita—, es para mi reina, para mi emperatriz.

Él desliza la sortija en mi dedo, en el que encaja a la perfección, me

sorprende que haya elegido algo tan simple y a la vez tan hermoso. Es un solitario de un gran diamante montado sobre un aro sencillo de oro rosado.

—¿Te gusta? —Busca saber al ver que no le quito los ojos de encima.

—No elegiría nada más, es perfecto.

Él se voltea y da un par de palmadas.

—Bueno, hay que ponernos manos a la obra —anuncia—, hay mucho por hacer.

—Fermin, no pretenderás que comencemos a planear la boda ahora mismo, ¿verdad?

Se ríe, con ganas.

—No, mi amor —explica—, me acabo de dar cuenta de que todavía no

hemos hecho buen uso de esa cama que tienes detrás y, ese, es un error que pienso subsanar en cuanto Seraphina se duerma.

Horas más tarde, sigo desnuda, acostada en la cama que desde esta noche compartiremos. Fermin regresa del baño y me mira sonriente, mis ojos viajan por su cuerpo, queriendo guardar este momento en mi memoria por siempre.

—¿Otra vez? —Su soldado ya está izando bandera, listo para volver a disparar.

—Otra vez —responde.

Mientras él vuelve a la cama y, al lugar al que pertenece, justo entre mis

piernas, pienso en todo lo que sucedió y, a pesar de las dificultades, doy las gracias por ello.

Todo está conectado, nada ha sido casualidad. La demanda, el choque en una carretera desierta a plena luz del día. Todo.

El destino ha atado sus nudos y, al mismo tiempo, ha levantado el velo, desnudándome ante él, desnudando también su alma, su verdadero ser. Atrás quedaron los secretos, las mentiras, él ha aprendido a leerme y yo también, nada nos separa porque su amor lo llevo en la sangre, unido a mis huesos, guardado bajo mi piel.

Fin

Epílogo

Si me preguntas si he sido un hombre feliz, te contestaría que sin duda alguna.

Si me preguntas que si todo ha sido como caminar sobre rosas, también te diría que es cierto.

Sí, bien dice la canción que cada rosa tiene su espina y así es la vida. Todo cuesta, pero también tiene su recompensa.

Ya no soy el jovencito loco que vestía pantalones apretados y camisas de colorines, ahora soy un viejo

excéntrico al que le encanta estar rodeado de toda su familia.

—¿Qué haces ahí parado? —
Pregunta mi mujer mientras me abraza por la espalda.

Me he quedado en uno de mis sitios favoritos de la casa, el corredor que conduce al comedor. Me gusta este lugar porque de alguna manera siento que aquí está escrita nuestra historia.

Hay fotos de todos nosotros a través de los años. De Seraphina aprendiendo ballet, de cuando perdió su primer diente, de su graduación, de Julian e Ivan, nuestros otros hijos. Y, recientemente, de Fermin, mi primer nieto, quien nació hace apenas un par de

semanas.

Sí, ya soy abuelo. Y no podría estar más feliz por eso.

—Vamos a la cama —me invita mi esposa acariciando mi pecho.

—¿Esa es una invitación? —Le pregunto mientras sus manos buscan por debajo de mi cinturón.

—Una desvergonzada.

—Que nadie diga que no vivo para hacer feliz a mi mujer.

Abrazados, caminamos hasta nuestra habitación, al llegar ahí, me quedo en la puerta, callado, simplemente disfrutando de la manera en que ella se mueve.

De la manera en que ella me seduce aún sin hacer nada.

Simplemente siendo ella.

Han pasado veintidós años y la sigo viendo igual de hermosa.

Parece que fue ayer cuando nos casamos en una ceremonia colmada de flores, risas y amor, rodeados por nuestra familia. Quise regalarle el cuento de hadas que la vida le había robado, pero ella insistía en que todo lo que necesitaba era a su príncipe azul. Así que bueno, me he ocupado de mantener viva la llama.

—Desnúdate, Estelle —le digo—.
Desnúdate para mí.

Provocadora como siempre, busca los botones de su vestido, abriéndolos lentamente, hasta que cae alrededor de

sus pies.

Se gira, para darme la espalda y soltarse el sujetador, escondiéndome esas bellezas con las que tanto me gusta jugar.

Unos cuantos pasos la separan de la cama, ella abre las mantas y se mete en ella, tendiéndome los brazos.

Y, sin embargo, yo sigo aquí, parado en la puerta, comiéndomela con los ojos como un completo idiota.

Si parezco un adolescente.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche?

—No, mi amor —respondo, ni siquiera molestándome en ocultar el bulto que lucha por romper la parte

delantera de mis pantalones—. Te estoy dando la oportunidad de que te acomodes en la cama, porque vas a estar en ella bastante rato.

—Supongo que no para dormir — agrega.

—Supones bien.

Recorro cada curva de su cuerpo con la lengua, los dientes y los labios, adorando esos lugares que ahora son más redondos, venerando cada arruga, cada estría, cada marca dejada por el tiempo. Ellas hablan de amor, de hogar, de pertenencia. De las huellas que los frutos de nuestra unión han dejado en su cuerpo y en mi alma.

Utilizando las piernas, separo sus

rodillas, inmediatamente ella me rodea con sus muslos. Ambos estamos listos, excitados, necesitados. La beso en la boca, saboreando ese néctar del que no me canso de beber.

Ella se arquea, buscándome, invitándome a entrar en su cuerpo y yo, no dudo en darle lo que quiere.

Esta es la mejor sensación del mundo.

Me retiro y la vuelvo a embestir, repitiendo el movimiento hasta que su cuerpo se tensa, a punto de estallar, dolorosamente cerca del límite y, aun así, incapaz de negarme lo que deseo.

Ella es hermosa.

Deseable.

Sexy.

Y toda mía. Sigue siendo perfecta, mi reina, mi emperatriz.

El momento llega y con él, un flash con las memorias del pasado, con todos esos momentos de los cuales no cambiaría ni uno.

Se deja ir otra vez, gritando mi nombre, pidiéndome que la sostenga, que la ame.

No puedo hacer otra cosa, eso es para lo que vine a este mundo. Para descubrir el verdadero misterio de la vida, el secreto que únicamente se revela a aquellos valientes que luchan y se entregan. Porque en esta guerra no hay ganadores ni vencidos. Sólo dos

almas unidas para siempre,
descubriendo bajo su piel que ese, es el
lugar al que están destinados a
pertenecer.

Agradecimientos

Ay, Dios. Esta vez no sé ni por dónde empezar.

Bueno, aquí vamos.

Antes que nada, a mi Padre del Cielo, gracias por tu presencia en mi vida, por tu bondad y tu misericordia.

Para mi familia, porque son mi motor, mi viento y mi estrella polar.

Escribir la historia de Fermin no ha sido algo sencillo, me costó mucho más de lo que imaginé, así que gracias a todas las personas que me ayudaron a

darle forma desde el primer momento.

Gracias a José Alejandro “el españolito”, por darle vida a mi chico, algunas personas nacieron para brillar porque llevan glitter en las venas, tú eres una de ellas.

Gracias a mi equipo de trabajo, como siempre les digo, mi nombre es el visible, pero ustedes son la fuerza que me mantiene. Gracias, gracias, gracias.

¿Qué haría yo sin mis betas? No me lo quiero ni imaginar, V y L, gracias, gracias, gracias. Por las notas, el plumón amarillo y ese plus que hace que todo encaje a la perfección.

A la mamá Coneja por hacer de mi trabajo algo legible, por su apoyo diario

y su compañía.

A mis amigas, por las risas, las conversaciones, ese ánimo que a veces me falta y que ustedes se encargan de mantener arriba. Ustedes son la familia que esta carrera me ha regalado.

Gracias a todos los grupos, blogs y páginas que me ayudan con su trabajo a que el mío pueda destacar y llegar a cada vez más personas. Por su generosidad, gracias.

Por último, gracias a ti que estás leyendo estas letras. Gracias por dejarme entrar en tu alma y hacerla vibrar al son de mis historias.

Con todo mi corazón, gracias.

Joana Mohel.

*Sígueme en
redes*



sociales

www.susanamohel.com

Otros títulos de la autora

Como agua entre los dedos

Castillos en el aire

Fuego en mis venas

Lenguaje de mi piel

Próximamente:

Con los pies en la tierra

Serie *La llave de su destino*

Indeleble

Inevitable

Impredecible

Intangible